SOLTERO, CASADO Y VIUDO.

COMEDIA EN TRES CUADROS.

Precio: 8 reales.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE P. ABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1872.

SOLTERO, CASADO Y VIUDO.

COMEDIA EN TRES CUADROS,

original

DE

D. MANUEL MARTOS RUBIO.

REPRESENTADA CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN EL TEATRO
SALON ESLAVA, EL DIA 3 DE OCTUBRE DE 1872.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE P. CABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
IRENE	SRTA. VEDIA.
FLORA	SRA. GARCÍA.
JULIA	
ROSA	SRTA. HERRERA.
LA SEÑORA TOMASA	SRA. RODRIGUEZ.
DOÑA MANUELA	
LUISA	SRA. CARRION.
DOÑA TECLA	SRA. ARTIGUES.
LUIS	SR. MARISCAL.
DON ROQUE	SR. MARTINEZ.
BARTOLO	SR. MESEJO.
MARIANO	SR. LOPEZ.
CARLOS	SR. ARANA.
ADOLFO	
ENRIQUE	SR. CHACEL.
JULIAN	SR. MORENO.
CAMILO	SR. GALZA.
VARIOS AMIGOS.	

La escena de los dos primeros cuadros de esta obra pasa en Madrid. El cuadro tercero en Pozuelo. De uno á otro cuadro se supone que transcurren diez años próximamente.

La propiedad de esta obra pertenece á los SRES. GIMENEZ Y TORQUEMADA, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SR. D. NICANOR IBARRA.

Mi querido amigo: Cuando escribí esta comedia pensé dedicarla á V., si el dia de su representacion le dispensaba el público una acogida benévola.

Llegó aquel dia, y un lisongero éxito, que excedió á mis esperanzas, me pone en el deber de realizar mi pensamiento.

V., que suele favorecer con su predileccion mis modestos trabajos literarios, no dudo aceptará esta dedicatoria, que tiene el doble propósito de dar á V. público testimonio del aprecio con que le distingue su cariñoso y consecuente amigo,

Q. B. S. M.,

EL AUTOR.

716765

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/solterocasadoyvi00mart

CUADRO PRIMERO.

EL SOLTERO.

Sala elegantemente amueblada, pero en completo desórden.—La puerta del fondo con una sola hoja de cortina.—Las laterales con las cornisas desprendidas por uno de los lados.—Sillas, un velador y butacas de diferentes formas.

ESCENA PRIMERA.

BARTOLO y la SEÑORA TOMASA.

BART. (Aparece limpiando y colocando cuidadosamente sobre el espaldar de una silla el uniforme de miliciano. —Al levantar el telon apresura su faena al compás de la siguiente copla callejera:)

«Cuando asisto á la revista
hasta el fusil me dá enojo,
pero en viendo tu presona
me tienes armas al hombro.»

TOM. Amigo mio, se conoce que está V. de buen humor.

BART. Humó, grasias á Dios, no la fartao nunca á este cuerpesito, que en santa gloria esté.

TOM. Diga V.... (Reparando en el uniforme.) ¿Qué significa eso?

BART. No lo vé V., señora?... Que soy *melitar*.

TOM. De tropa?

BART. No señora.

TOM. Ya!... *Meliciano*.

BART. A mucha honra y pa lo que usté guste mandar.

TOM. Que aproveche.

BART. (¡No carlea mucho esta tia!)

TOM. Hoy dice *La Regeneracion*... (Suena un fuerte campanillazo en la puerta lateral de la izquierda.)

BART. Ya voy! (Gritando.)

TOM. Quién llama con tales brios?...

BART. Mi amo; ¿quién quiere V. que sea?

TOM. Su amo de usted? Pues á qué hora se levanta ese caballerito?

BART. Es V. de la policía?

TOM. Soy la portera.

BART. Y qué!...

TOM. Que debo estar al pormenor de todo cuanto ocurra en la casa. (Suena otro fuerte campanillazo.)

BART. (Le he dicho que voy, y vuelve á llamar.) Que voy! (Gritando.) Portera, tambien la llaman á V. en la portería, conque largo.

ESCENA II.

La SEÑORA TOMASA, sola.

Me han encargado que entregue esta carta en propia mano, y no me marcho hasta cumplir mi comision como Dios manda.

ESCENA III.

Dicha y BARTOLO.

BART. Todavía está V. aquí?

TOM. Me parece que sí, si usté no se opone.

BART. Hable V. bajo, que con ese vocejon que tiene V., ha *despertao* al señorito, y me ha *sortao* la escandalosa.

TOM. Mas bien lo habrá V. despertado con sus cantinelas.

BART. No me replique V. (Le pone la mano en la boca.)

RBC/NcU

TOM. ¡Que no será *despóta* este hombre! (Arroja la carta y se marcha.)

BART. (Hable V. con dulzura á esta tropa.)

ESCENA IV.

BARTOLO y ROSA.

ROSA. (Con una bandeja de mimbres ocupada con varias camisas y cuellos planchados.) (Qué bicho le habrá picado á la señora Tomasa?)

BART. Dios te bendiga, pimpoyo!

ROSA. Contenta me tienes, *desaborío*.

BART. Suelta la *muí*.

ROSA. Hasta las once te estuve esperando anoche en el *Eliséo*.

BART. Anoche... anoche... ¿Qué *jise* yo anoche?. . Ya me *enrecuerdo*. Anoche tuve que acompañar al señorito á un negocio de mucho interés.

ROSA. Tan pillo eres tú, como quien yo me sé.

BART. No levantes *farsos* testimonios, chiquilla; *miá* que te vas á condenar.

ROSA. Y el señorito?

BART. Durmiendo.

ROSA. No es mala hora de dormir.

BART. Ya sabes lo que *ice* el refran: «Que el que se acuesta tarde, con agua se *esayuna*.»

ROSA. Dime, Bartolo, ¿de quién es esta carta? (Recogiendo del suelo la carta que arrojó la portera.)

BART. Tú que la tienes lo sabrás. A mí qué me cuentas?

ROSA. Contéstame pronto: ¿de quién es esta carta?

BART. Soy yo reló de *ripitision?*

ROSA. Lo que tú eres lo sé yo muy bien. (Levantando la voz.)

BART. Rosa, no me *fartes*. (Suena la campanilla.)

ROSA. Si yo hubiera hecho caso de los informes que me dieron de tí!

BART. *Pu* si tú supieras lo que á éste fraile le digeron de tí!... ¡Bendito Dios!

ROSA. Qué te han dicho de mí?... Habla, mentiroso!... si en tu vida has dicho palabra de verdad...!

BART. *Naita!*... la mar de cosas. (Vuelve á sonar con más bríos la campanilla.)

ROSA. Dílas!

BART. Tengo revista esta tarde y no me *quieo incomoar*. (Recoje la cartuchera.)

ROSA. Dílas! ó te arranco los ojos.

BART. (Interponiendo la cartuchera.) No me comprometas, Rosa.

ROSA. Grandísimo pillo, habla! (Separando la cartuchera.)

BART. Mira que te la rompo en la cabeza. (Defendiéndose de las sacudidas de ROSA.)

ROSA. Rómpemela, sí; rómpeme la cartuchera... ¿A que no sabes tú lo que me vas á romper?... La cartuchera! (En este pugilato arrojan al suelo la bandeja y las camisas.)

ESCENA V.

Dichos y LUIS, á medio vestir y abriendo furiosamente una de las puertas laterales.

LUIS. Ya me va faltando la paciencia! Qué escándalo es este? Es decir, que yo no puedo ni dormir sosegadamente en mi casa?

BART. Señorito, yo ni siquiera he *rechistao*.

LUIS. Y tienes valor, grandísimo tunante... (Le tira una bota que trae en la mano.)

BART. Carambita! (Recoge la bota.)

LUIS. Y V., qué trae por aquí?

ROSA. Las camisas del señorito.

LUIS. ¿Son mis camisas esas que están en el suelo?.. ¡Vive Cristo!... Y cómo están ahí?... No hay nadie que me responda?

BART. Las hemos puesto ahí, *pa* que no se cayeran.

LUIS. Recoja V. esas camisas, y tú ven á ayudarme á vestir, que ya te arreglaré. (ROSA recoje y ordena las camisas.)

ESCENA VI.

ROSA y D. ROQUE.

ROQUE. Ola! muchacha, ¿tú por aquí?

ROSA. He venido á traer la ropa de plancha.

ROQUE. Supongo que D. Luis no habrá salido?

ROSA. En este momento se está vistiendo.

ROQUE. Pero qué es esto? (Reparando en lo desordenado de la casa.) ¡Bendito Dios, y qué desórden de casa! Muebles de diferentes familias; cortinas haciendo gimnasia; un dedo de polvo sobre las mesas, y por fin de fiesta, apuestos guerreros de un benemérito. Todo el lamentable abandono de la casa de un soltero. Aquí hace falta la mano cuidadosa de una mujer.

ROSA. Qué duda cabe!

ROQUE. Pues nada! este hombre se aferra en permanecer soltero, y no quiere convencerse de que su constante malestar, reconoce por causa el estado célibe. Por recomendacion de su padre, mi amigo de toda la vida, le tuve en casa, recienvenido á Madrid: allí, como tuviste ocasion de ver, lo cuidamos como á un hijo, y se le satisfacieron hasta sus menores caprichos; y cuando más contento lo creiamos, bajo el pretesto de sernos gravoso, cogió el petate y se marchó á una casa de pupilos. En este nuevo hospedaje estuvo enfermo y abandonado; le servian los alimentos frios y mal sazonados, y al verse medio restablecido, sentó sus reales en una fonda. ¿Crees tú que en la fonda halló la dicha que soñaba? Pues estuvo peor que en ninguna parte: hasta que para ensayar todas las maneras de vivir, ha puesto casa... Y qué casa!

ROSA. Señor D. Roque, tiene usted muchísima razon: el hombre no se encuentra bien hasta que se casa.

ROQUE. Claro está: Vds. prestan un gran servicio en la casa. Tienen interés por el buen régimen, economizan cuanto pueden, procuran tenernos provistos de todo lo necesario: en los ratos desocupados nos confeccionan calcetines, cuidan mucho de que no nos vean deshilachados los cuellos y los puños de la camisa: boton caido, boton pegado. No hay que darle vueltas; el hombre soltero tiene que vivir como vive Luis, siempre inquieto y siempre abandonado.

ROSA. Los mismos consejos le doy yo á Bartolo, y por un oido le entran y por el otro le salen; y ¿sabe V. todo lo más que suele contestar?... «Que no será la cosa muy buena cuando su amo no se casa con la señorita Irene á quien tanto dice que ama.»

ROQUE. Aquí sale: retírate y dá un limpion por ahi dentro, que no estará demás.

ESCENA VII.

D. ROQUE, LUIS y BARTOLO.

LUIS. Adios, D. Roque; ¿cómo está V.?

ROQUE. Vamos pasando.

LUIS. Bartolo, colócame aquí detrás un alfiler para que no se me suba la corbata. (Bartolo obedece.) Con mucho cuidado... ¡bárbaro! que me lo clavas hasta el alma.

BART. Desimule *osté*, porque se me ha *colao* sin sentirlo.

LUIS. Bueno está; déjame ya.

ROQUE. Pero chico, ¿no has observado que llevas la pechera rota?

LUIS. A ver? Tiene V. razon... esto no se puede sufrir!

ROQUE. Hasta que no te cases, siempre andarás lo mismo. Observa tú qué camisa la mia... ni el ampo de la nieve. Y el lustre? Ni un espejo. Mi Manuela tiene una habilidad particular.

LUIS. Alárgame una camisa de esas. (BARTOLO le alarga una camisa, que LUIS examina.) Le falta un boton en el cuello. (La arroja.) Venga otra. (Alarga otra.) Tampoco tiene boton. (Hace lo propio que con la anterior. Recibe otra.) Esta que lo tiene en el cuello, no lo tiene en los puños... intenciones me dan de hacerla añicos. (La arroja.)

ROQUE. Aquí está haciendo falta una mujer.

LUIS. Tú... tú... tú... Usted no sabe otra cancion.

ROQUE. Como te quiero bien y deseo tu felicidad, insisto en aconsejarte lo que te conviene.

LUIS. Pero V. cree?..

ROQUE. Quién lo duda!

LUIS. Le tengo miedo á empeorar.

ROQUE. Si le tienes miedo, no te casarás nunca. El que quiera casarse, ha de hacer lo mismo que el que se toma una purga: menearla bien, cerrar los ojos y al cuerpo con ella.

LUIS. La comparacion es ingeniosa, pero no me satisface. Bartolo, búscame un chaleco alto que me tape esta avería, y así no tengo necesidad de mudarme de camisa.

ESCENA VIII.

Dichos, menos BARTOLO.

LUIS. Sabe V. por qué no me caso?

ROQUE. Habla.

LUIS. Porque estoy muy escarmentado.

ROQUE. Tú?

LUIS. Sí señor; en cabeza agena.

ROQUE. Si por miedo á los pájaros no se sembrara, estariamos frescos. Además, ¿crees tú que en el mundo no abundan las mujeres honradas?

LUIS. Viviendo Irene, la mujer de mis pensamientos, habia yo de dudar de la virtud?

ESCENA IX.

Dichos y BARTOLO, con un chalecho que coloca á LUIS. Antes de esta operacion lo sacude, suena dinero, lo saca del bolsillo y se lo guarda en el suyo, procurando no ser visto.

LUIS. Corre un poco la trincha.

BART. No *pué* ser.

LUIS. Por qué no puede ser?

BART. Señorito, por que no tiene hebilla.

LUIS. D. Roque, qué le parece á V.? No es esto una diversion?

ROQUE. A que tengo yo una lo mismo que una puerta cochera? (Se levanta la levita.) No lo dije... mira... mira... y quítate las legañas.

BART. Señorito, no se quite V. el chaleco, que le voy á *poné* una que tengo yo aquí. (Se quita la suya y se la coloca del reves.) Soy más torpe que Cardona; aspere *osté* un poco, que se la he puesto *torcía*. (Se la coloca bien.)

LUIS. Esto más que nos dió el cielo! Dame una levita y déjanos solos.

ESCENA X.

D. ROQUE y LUIS.

LUIS. Conque usted cree que casándome habré de mejorar?..

ROQUE. Consulta tu falta de salud y echa una ojeada sobre el desordenado menage de tu casa y ello te responderá. Desde que saliste de nuestro lado te has quedado desmejorado, y ten entendido que si sigues así, cuando ménos lo pienses, te vas derecho á la cuarta plana de *La Correspondencia*.

LUIS. Usted sabe la vida que yo hago? La mitad del dia durmiendo; la otra mitad, y toda la noche, de francachela en francachela, gastando sin ton ni son. Cuando no tengo una riña me amenaza un duelo; cuando más me con-

siento en el amor de una mujer, de las muchas que encuentro en mi camino, me pide dinero; cuando estoy enfermo todo el mundo me abandona; cuando no tengo dinero todos huyen de mi. El sastre no me viste, me desnuda. El criado me vendimia los bolsillos; y á pesar del sueldo de veinte mil reales que cobro de mi empleo, y otra cantidad igual que recibo de mis padres, mi reloj se vé por papeleta como el Museo Naval, en los quince primeros dias de cada mes.

ROQUE. Pues, hijo, vivir así no es vivir. Cuando muchachos todos hemos hecho esa vida aventurera, de grandes emociones; pero en llegando á cierta edad, no hay más remedio que casarse y venga lo que venga. A los 25 años el estado natural del hombro es el de casado.

LUIS. Tambien dentro de ese estado suele haber sus escaramuzas.

ROQUE. Quién lo duda?

LUIS. Y usted bien que las menudea.

ROQUE. Qué cielo no tiene sus nubes? Pero no hay término de comparacion. Observa tú que la mayoría de los que se casan se ponen gordos y lustrosos. En vez de esa vida crapulosa, de esa vida llena de peligros, ¿cuánto mejor no te hallarías despachando tus negocios tranquilamente al lado de una mujer tierna y amorosa, que de la misma manera que comparte contigo las dulzuras del hogar, está dispuesta á sacrificar su vida por la tuya?

LUIS. Señor don Roque, ¿y si tropiezo con una mujer coqueta que me pone... en ridículo, ó con una celosa de esas que traen á los hombres hechos un zarandillo?

ROQUE. Para eso hay muchas donde elegir.

LUIS. No basta, don Roque, el ser precavido, porque á mí me han asegurado muchos amigos que se han casado, que las mujeres cambian á la semana de tomar estado.

ROQUE. Qué han de cambiar, hombre? Esas son tonterías.

LUIS. Pues doña Manuela tiene un geniecito, que ya!

ROQUE. El mismo que tenia antes de ser mi mujer. De manera que ya ves como no ha cambiado.

ESCENA XI.

Dichos é IRENE, acompañada de un criado.

LUIS. Irene! V. por aquí?... Pedro, siéntate. (Se sienta.)

ROQUE. Señorita...

LUIS. Mi íntimo y cariñoso amigo don Roque, á quien ya conocia usted de nombre. (IRENE saluda respetuosamente.)

IRENE. Como no he recibido contestacion á mi carta, he creido...

LUIS. Carta de usted?

IRENE. Con la portera le he dirigido á usted una carta preguntándole por el estado de su salud, y no habiendo obtenido la inmediata contestacion que solicitaba, cansada de esperar, he tomado la arriesgada resolucion de llegar hasta este aposento.

LUIS. Será esta que se halla aquí? Juro á usted... (La abre.) Tiene usted razon. Estos criados!...

ROQUE. Con el permiso de usted me retiro.

IRENE. Dispénseme V. la libertad de suplicarle su permanencia, los breves instantes de mi visita. Pedro, espera fuera. (Desaparece.)

ROQUE. Yo estoy siempre...

LUIS. Ya habrá V. adivinado que esta señorita es aquel ángel de quien tantas veces he hablado á V.

ROQUE. Lo que observo es que no tienes perdon de Dios.

IRENE. Un ángel á quien deja de ver una semana entera. ¿Le parece á V. en su lugar la galantería?

LUIS. Ya sabe V. que he estado enfermo.

IRENE. De las enfermedades de V. voy poco á poco desconfiando, pero en la duda...

LUIS. Qué buena es V.!

ROQUE. Si quiere V. creerme, no le haga V. caso.

IRENE. Le amo, y no puedo aceptar su consejo.

LUIS. Y duda V. de que yo le correspondo con toda mi alma, de que es V. la única persona que hace palpitar mi corazon?

IRENE. No quisiera dudarlo.

ROQUE. Una manera tienes de convencerla; cásate con ella. Y dispense V. este atrevimiento. (A IRENE.)

LUIS. Si yo tuviera la seguridad de hacerla feliz! si yo pudiera compensarla el cariño de sus padres, ni un instantante vacilaria.

IRENE. El cariño de los padres, ¿es por ventura incompatible con el amor del marido? Por otro lado: ¿cuál es el porvenir de una mujer por cuya frente pasaron ya los primeros albores de la juventud? Tan mal cree V. que viviria á mi lado?

LUIS. Imaginarlo solamente ahuyenta mi habitual tristeza.

ROQUE. Si supiera V. qué vida lleva! La oficina y los negocios de la abogacía los tiene abandonados. Come á horas desordenadas, todo el mundo lo roba, y cuando no está preso lo andan buscando.

IRENE. Yo no tengo la pretension de imponerme. Ni siquiera quiero recordarle su palabra empeñada. Por mi parte, queda en completa libertad. Que obre, pues, como mejor le convenga. Hoy por hoy, mi único deseo se halla realizado. Deseaba conocer el estado de su salud, veo que se encuentra bien, y me retiro tranquila. (Se oye dentro un fuerte ruido que simile la ruptura de unos objetos de loza.)

LUIS. (Asomándose á la puerta de su dormitorio.) ¿Qué ha sucedido?

ESCENA XII.

Dichos y BARTOLO, con un trapo blanco al hombro, y ocupadas las manos con una escoba y una jofaina hecha pedazos.

BART. *Na!* que *ma subio* á la cama *pa* matar un mosquito trompetero; he *perdio* el *desequilibrio*, y *ma caio* encima del lavabo.

LUIS. Y qué se ha roto?

BART. Naita sa roto, ni hay, como dice *La Correspondiencia*, *nenguna* desgracia *presonal* que lamentar.

ESCENA XIII.

Dichos, menos BARTOLO.

LUIS. Ya ha visto V.

IRENE. Esos son percances propios... V. lo quiere así...

LUIS. Irene, no lo quiero así. Estoy decidido á pedir su mano. Cree V. que me será otorgada por su padre?

IRENE. Quién lo duda? Y en otro caso, ¿tan poco firme juzga V. mi resolucion?

ROQUE. Gracias á Dios que te veo en buen camino! y si Vds. creen que yo puedo servir de algo, dispuesto estoy á ocupar el lugar de tu padre si fuera necesario, en la seguridad de que no rehusaria mi representacion.

ESCENA XIV.

Dichos y FLORA, dentro.

FLORA. Que no puedo pasar? Y quién me lo impide? Yo entro porque puedo. Qué me importan á mí las visitas!

IRENE. Es una mujer! Qué hago?

LUIS. Quiere V. ocultarse aquí?

IRENE. Eso, jamás. Impida V. el que pase.

ROQUE. Sí, impidámoslo. (Desde la puerta del fondo.) No puede V. entrar.

FLORA. Hay algun pozo? Quién es esa señora?

LUIS. Es... mi hermana!

FLORA. Su hermana de usted? Así sabrá quién es usted.

ROQUE. No sea usted imprudente.

FLORA. Vaya usted á paseo, vejete. (Se abre paso y todos bajan al proscenio.)

IRENE. Qué escándalo!

FLORA. Servidora de usted.

IRENE. Muy señora mia.

FLORA. No me conoce usted?

IRENE. No tengo el honor...

FLORA. Ni de reputacion?

IRENE. Tampoco tengo el gusto...

FLORA. Me llamo Flora, y soy artista lírica de la sesunda seccion, y de las que forman en la primera fila de la derecha. Canto por música, tengo muy bonita voz, unas formas muy correctas, segun la opinion de los abonados y el año próximo ascenderé á parte principal, esto es, á la primera seccion...

IRENE. Yo celebro mucho.... pero comprenda usted que su relato debe inspirarme poco interés.

FLORA. Ahora entra lo gordo. Estando yo para casarme con el hijo mayor del maquinista del teatro, que es un muchacho muy bonachon y ni pintado para marido, su hermanito de usted se interpuso en mi camino; me habló de amores, me llevó á Fornos unas cuantas noches; me regaló el trage de merluza que saco en el primer coro del *Embozado en un tabique*, y otra porcion de cosas que no son del caso. En vista del paraiso que me ofrecia, despedí á mi antiguo Adan; y cuando más satisfecha me creia de la consecuencia de su amor, llega á mi noticia que tiene relaciones con una *cursi* tonta y sentimental que se llama Irene. (IRENE se sienta afectada y corre todos los síntomas de un accidente.)

LUIS. Qué es eso!

ROQUE. Se siente usted indispuesta? Vea usted á lo que ha dado lugar con su charlatanismo.

LUIS. Irene!.. Irene!! (A FLORA.) Márchese usted inmediatamente de aquí, si no quiere usted que haga una barbaridad! Irene!.. hija mia! Irene! (A FLORA.) No le he dicho á usted que se marche?

FLORA. Me marcho, sí; pero como le vea á usted entrar al escenario, lo arrojo sobre la bateria del proscenio.

ESCENA XV.

Dichos, menos FLORA.

LUIS. Don Roque, llame V. á Bartolo para que traiga éter y un poco de agua. (Yo arreglaré á esa suripanta.)

ROQUE. (Sonando la campanilla de la puerta del foro y gritando.) Bartolo, Bartolo! Bartolo!!

LUIS. ¡Esto ya no se puede resistir!

ESCENA XVI.

Dichos y ROSA.

ROSA. Señorito, Bartolo se ha marchado ahora mismo.

LUIS. A dónde se ha ido con tanta oportunidad?

ROSA. A la revista.

LUIS. Qué le parece á V.? A lucir la figura.

ROQUE. Traiga V. agua y un poco de vinagre. A escape.

ESCENA XVII.

LUIS y D. ROQUE.

LUIS. Don Roque, lo que á mí me sucede es insoportable. Irene! Está completamente accidentada.

ROQUE. Antes que pasar por estos lances me casaria yo cien veces.

LUIS. Estoy decidido, que ya me falta valor para tanto sufrimiento. No viene esa mujer?

ESCENA XVIII.

Dichos y ROSA con una botella.

ROSA. Señorito, aquí está el vinagre.

LUIS. Y el agua?

ROSA. Está rota la jofaina y no he hallado donde traerla.

LUIS. Pero criatura! ¿no ha visto V. que esta es la botella del petróleo?

ROQUE. Si te parece entrémosla á este gabinete.

LUIS. Tiene V. razon; la pondremos en el sofá á ver si estando más cómoda..... además, ahi debe haber agua de Colonia y vinagrillo de tocador. Rosa, ayúdenos V. (La entran al gabinete opuesto al de LUIS.)

ESCENA XIX.

CÁRLOS, ENRIQUE, JULIAN y otros varios.

CÁRLOS. Ya tenemos donde armar la timba. Adelante, muchachos!

ENRIQ. Luis estará durmiendo ó fuera de casa.

CÁRLOS. El campo es nuestro.

ENRIQ. Ya hay aquí mesa. (Arroja al suelo los libros de la mesa-velador.)

JULIAN. Y aquí tapete. (Arranca la media cortina de la puerta del fondo.)

CÁRLOS. (Saca una baraja y se pone á tallar.) A la que se quiera. Señores, no hay nada visto.

UNO. Medio duro al cinco.

OTRO. Dos napoleones á esa señorita.

ENRIQ. Una peseta pisando al rey.

JULIAN. Mato al rey.

UNO. Soy cómplice con dos pesetas.

CÁRLOS. No puede ser, está cargado.

JULIAN. Pues un duro á la sota.

CÁRLOS. Juego! Rey en puerta.

ENRIQ. ¿Rey en puerta? pues sota á la vuelta.

ESCENA XX.

Dichos y Luis.

Luis. Pero, señores, señores! con qué permiso?...

Cárlos. Estabas ahí?

Enriq. Nos han echado del café, y nos hemos refugiado aquí por consejo de tu criado Bartolo, á quien hemos encontrado hecho un veterano por esas calles de Dios.

Luis. Pues yo os suplico que os marcheis á otra parte: acaba de llegar mi padre, está descansando, y no es cosa que al despertar se encuentre con este *garito*.

Cárlos. Chico, dispensa, nosotros ignorábamos esa circunstancia.

ESCENA XXI.

Dichos y Rosa desde la puerta.

Rosa. La señorita, que entre V.

Julian. Ola, ola! Tenemos contrabando!

Enriq. No está malo el papá!

Cárlos. Luisillo, vamos andando...! Ya sospechaba yo...

Luis. Y en todo caso, ¿á Vds. qué les importa?

Todos. (Indistintamente.) Nada... qué disparate! No faltaba más! Bueno, bueno.

Luis. Caballeros, ya están ustedes aquí de más!

(Se marchan unos tosiendo maliciosamente, y otros haciendo que estornudan.)

ESCENA XXII.

Luis, arrojándose sobre una butaca.

Estoy decidido á casarme, si esa pobre criatura no se opone á ello despues de lo que acaba de suceder. ¿Cómo es posible que la vida del hombre casado pueda producir tantos pesares y tan contínuos sinsabores? Repito que estoy decidido. Los unos me toman la casa por asalto, la otra viene á darme un

escándalo porque no la he comprado un traje de sardina frita: hé ahí el secreto! Si yo fuera un hombre casado, cómo habian de atreverse?... Reniego de este maldito estado. Dice bien D. Roque, la felicidad está dentro del lazo conyugal. Así es imposible vivir tranquilamente...

ESCENA XXIII.

Dicho é IRENE, que sale apoyada del brazo de D. ROQUE. ROSA aparece y desaparece por la puerta del fondo.

ROQUE. Ahora descanse V. aquí.

LUIS. Irene, el rubor me impide levantar los ojos para mirarle á V.

IRENE. Qué culpa tiene V. de la imprudencia de esa mujer? Yo me hago cargo de todo.

LUIS. Halla V. motivo para desistir de su propósito?

ROQUE. Esas cosas nada tienen de particular, y esta señorita, que es muy discreta, sabrá apreciar en lo que vale semejante escena.

IRENE. Como yo no creo que V. se case para continuar la vida de calavera.

LUIS. Prometo á V. confesion general y nueva vida.

IRENE. En ese caso...

ROQUE. Yo me encargo de arregar lo demás. ¿A qué horas recibe su papá de V.?

IRENE. Todo el dia. Apenas sale de casa. Dispensen Vds. que me retire.

LUIS. Quiere V. que la acompañemos?

IRENE. Seria imprudente... Además, mi casa está contigua, y ya sabe V. que espera fuera mi criado.

LUIS. Supongo que se encuentra V. bien?

IRENE. Perfectamente. Adios, señor D. Roque, y dispense la molestia que le he ocasionado.

ROQUE. Señora, no faltaba más. (Se estrechan las manos.)

LUIS. Adios, Irene. ¿Estamos conformes? (Id.)

IRENE. Sí. Adios, Luis. (Id.)

ESCENA XXIV.

Dichos, menos IRENE.

LUIS. Sr. D. Roque, hágame V. el favor de arreglar este asunto en tanto que escribo á mi padre, dándole noticia de mi resolucion.

ROQUE. Calcula tú qué tal será el solterismo, cuando hasta los más recalcitrantes se casan: hasta Quevedo, que tanto satirizó el matrimonio, cayó en la ratonera.

LUIS. Tenga V. el sombrero, y sáqueme V. cuanto ántes de esta situacion.

ESCENA XXV.

BARTOLO y ROSA.

(BARTOLO vestido con el uniforme de miliciano y bufando de desesperacion.)

ROSA. ¿Te ha sucedido algo?

BART. Una friolera!

ROSA. ¿Te han pegado?

BART. ¿A dónde está ese valiente, que me lo voy á comer?

ROSA. Explícate.

BART. Hasta la gana de *acuir* á la revista se *ma quitao,* que es cuanto se *pué icir.*

ROSA. Pero qué ha sido? Sepamos

BART. Naita. Que van á echar una quinta *pa tós* los solteros que no se *haigan* casao á los treinta *cumplios.*

ROSA. ¿Pero eso á tí qué te importa? ¿Tú no entraste ya en quintas y saliste libre?

BART. Quiá! Soy *préfugo.*

ROSA. Pues mira, te casas y asunto concluido. El señorito tambien se casa.

BART. *Pus* si se casa el señorito, *arrea!* y que nos registren. Mia tú que eso de andar con el chopo á cuestas, y salga V. de guardia y entre V. de fagina, tiene mu poca gracia. La verdá, no sé como hay cristiano que le tenga aficion á la carrera melitar.

ROSA. Ya verás cómo en casándonos viviremos en la gloria: tú de camarero del señorito Luis, y yo de doncella de la señorita.

BART. Despues de casá ¿quieres tú ser doncella?...

ROSA. Y por qué no?

BART. Chiquilla, ya te contentarás con ser planchaora. Voy á quitarme el uniforme, salero, y ¡viva lo bonito!

ESCENA XXVI.

ROSA y LUIS con una carta en la mano.

LUIS. ¿Ha venido Bartolo?

ROSA. Sí señor.

LUIS. Que lleve esta carta al correo.

ROSA. Está muy bien.

ESCENA XXVII.

LUIS y MARIANO.

MAR. He estado á buscarte en la oficina.

LUIS. Anoche me acosté un poco tarde, y hoy he tenido pereza de asistir.

MAR. No creas que vengo á darte el pésame.

LUIS. Pésame! ¿De qué?

MAR. De tu cesantía... Qué... no sabias nada?

LUIS. Esta es la primera noticia que recibo.

MAR. Si no fueras rico hubiera procedido con más cautela.

LUIS. Francamente hablando, no me causa gran pena; así me dedicaré de lleno al bufete, lo cual es posible que me tenga más cuenta.

MAR. Has sido víctima de las economías.

LUIS. Solamente me extraña el que siendo el primero de mi clase, se hayan fijado en mí.

MAR. Han tenido en cuenta tu estado de soltero.

LUIS. Está visto; la dicha reside en el matrimonio.

MAR. Por el mismo crímen de no ser casado vacilan en darme á mí una bonita colocacion particular. Así es que para adquirir la respetabilidad que se me exige, he decidido casarme;

de modo que mi visita tiene por objeto suplicarte el que seas uno de mis testigos de boda.

LUIS. ¿Cuándo te casas?

MAR. Dentro de la presente semana.

ESCENA XXVIII.

Dichos y D. ROQUE.

ROQUE. (Antes de entrar.) Quietos ahí, que yo avisaré oportunamente. (Bajando al proscenio.) Victoria en toda la línea. A arreglar los papeles y á casarse. Todo el mundo ha quedado contento.

LUIS. Cuenta conmigo y disponte á prestarme el mismo servicio.

MAR. ¿Tú tambien te casas? Bravo! mi querido Luis.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, BARTOLO y ROSA.

BART. Señorito, vengo á pedirle á V. permiso para casarme con Rosa. Si estoy más tiempo soltero, reviento. Ya llevo sufríos muchos chubascos, y quiero retirarme á buen vivir y con este paraguas.

LUIS. A casarse...!

ROQUE. Sí; á casarse, y abajo los solteros!

MAR. El matrimonio es el estado feliz del hombre.

LUIS. ¡Gracias á Dios que voy á dejar de ser soltero!

ROQUE. (Desde la puerta del foro.) Muchachos, ahora. (Suena una murga, que debe tocar la marcha de los toreros de la zarzuela *Pepe-Hillo*, á cuyo compás bailan todos formando parejas al capricho. Esta situacion momentánea. Telon rápido.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

EL CASADO.

Sala elegantemente amueblada.—Puerta al fondo y laterales.—Mesa escritorio propia de un letrado.—Libreria, etc., etc.—Sobre un sofá algunas labores de señora.

ESCENA PRIMERA.

LUIS y ROSA: LUIS escribiendo; ROSA sacudiendo fuertemente las sillas y muebles.

LUIS. Hasta aquí vamos bien: veamos lo que más adelante procede. (Leyendo.) «Artículo mil doscientos ochenta y siete de la ley de Enjuiciamiento: Evacuado todo lo que queda prevenido en los anteriores artículos, estraerá á la mujer de la casa del marido, y constituirá el depósito con la solemnidad debida.» (A ROSA, que dá una fuerte sacudida.) Quiere V. dejar eso y marcharse de aquí con doscientos de á caballo? ¿No ha encontrado V. otra hora más á propósito para hacer esa operacion?

ROSA. Como dentro de poco comienza á venir gente, me ha mandado la señorita...

LUIS. Que venga V. á empolvarme, como si yo no estuviera más que frito y achicharrado sin necesidad de ese requisito. He dicho muchas veces, y ya estoy cansado de repetirlo, que mientras yo esté en casa no quiero que

se haga la limpieza del despacho. ¿Por qué no madrugan Vds. más?

ROSA. Señorito, yo bien que madrugo, pero tengo que hacer los chocolates, que vestir á los niños y que traer la compra.

LUIS. ¿Ha llevado Bartolo los niños al colegio?

ROSA. Hoy no hay colegio.

LUIS. ¿Por qué causa?

ROSA. Como son los dias de la señora del profesor...

LUIS. El motivo me parece muy plausible! ¿Qué la importa á la señora profesora que los niños pierdan un dia de educacion y que nosotros ganemos otro de escándalos y corridas? Nada, nada, hace muy bien el señor profesor en celebrar tranquilamente los dias de su cara mitad, que así podrán comerse con todo reposo el postre de natilla que tendrán de extraordinario.

ESCENA II.

Dichos y BARTOLO.

BART. Señorito, no *pueo* hacer carrera de ese par de fieras. Los vecinos de abajo han *mandao* un *recao* diciendo que hay un enfermo que está malo, y han *andao* á pelotazos conmigo porque les he *quitao* un carreton que estaban arrastrando por el pasillo. Cuando no van al colegio, *paece* la casa un infierno.

LUIS. Y á todo esto, ¿qué dice su madre?

BART. Que no *quié* saber *naita* de ellos; que me entienda con V.

LUIS. (Cada uno por su estilo, le digo á V. que me están divirtiendo.) Salga V., Rosa, y diga V. á esas criaturitas que como les oiga respirar, les pongo el cuerpo lo mismo que un tomate. De paso llévese V. todo eso, no vayan á creer mis litigantes que en vez de ocuparme de sus negocios, paso el tiempo haciendo feston ó punto de *croché*. La señorita no sabe

pegar un boton á una camisa sin constituir mi despacho en taller de sus labores.

ESCENA III.

LUIS y BARTOLO.

LUIS. Ay! Bartolo! Bartolo!

BART. Señorito, buena campaña hemos hecho. Salimos de *Heroés pa* entrar en Pilatos.

LUIS. En el mar de la vida caminamos sin brújula; así es que no sabemos el rumbo que debemos tomar.

BART. En ese caso, no hay más que tener un solo *cuidiao*: el de no naufragar.

(En una de las habitaciones contíguas se siente el estrépito de dos ó más niños que juegan y alborotan.)

Señorito! ¿Qué va V. á hacer?

LUIS. ¿Que qué voy á hacer? A darles cuatro azotes á esos tunantuelos. (Al impedir BARTOLO la resolucion de LUIS aparece un niño de cinco á siete años y sacude un pelotazo en la espalda del primero. LUIS se rie y cambia de actitud.) Habrá que tomarlo á risa.

BART. Y que tienen mala punteria los chavales!

LUIS. Despues de los proyectiles, ya sabes que viene el petróleo. ¡Si no fueran mis hijos, seria cosa de estrellarlos!

ESCENA IV.

Dichos é IRENE.

IRENE. Qué ha sucedido?

LUIS. Nada, mujer, que el dia que esos niños están en casa, no hay medio de entenderse. (Se sienta.)

IRENE. Y qué quieres tú que hagan á su edad? ¿quieres que escriban pedimentos y alegatos de bien probado? Naturalmente han de producir el escándalo propio de los juegos

infantiles; pero los padres no quereis haceros cargo de la razon, y os poneis hechos una furia por cuatro gritos que les ois el poco tiempo que parais en casa.

LUIS. Pues, chica, si te parece bien, diles que entren á darme una serenata de cazos y cucharones en lo más fuerte de mi trabajo. Quizás así se despachen mejor los pleitos. (Ojea libros y papeles.)

IRENE. Esas ya son exajeraciones tuyas. Yo quisiera verte bregando con ellos desde que Dios echa su luz hasta que rendidos llega la noche y caen en la cama como si fueran de plomo. Esto, aparte de la Clarita, que con la dichosa denticion, ni el ama ni yo podemos parar á su lado. Y ahora que hablo de la niña; la temporada de baños ha comenzado, ¿entiendes?

LUIS. Sí, mujer.

IRENE. Y el médico ha mandado que se la lleve á San Sebastian ó á Bilbao, y que la acompañe yo, que tanto ó más que ella necesito bañarme. ¿Te has fijado bien en lo que te he dicho?

LUIS. Perfectamente. (Leyendo.) «La mujer puede pedir la separacion, si el marido la trata con crueldad.»

IRENE. Lee un poco más abajo.

LUIS. ¿Que te importa á ti lo qué más abajo pueda decir?

IRENE. Quiero saber si el marido trata con crueldad á su mujer no dejándola tomar los baños de mar.

LUIS. De eso no dice nada. Lo que sí dice, es, que la mujer trata con crueldad á su marido, cuando lo vé muy ocupado y no lo deja trabajar.

IRENE. Como vosotros escribis las leyes, no podeis dedicar ningun capítulo á los maridos tontos.

ESCENA V.

LUIS.

(Leyendo.) «La separacion de marido y mujer debe hacerse en su caso por setencia judicial y no por autoridad propia.»

ESCENA VI.

Dicho y ROSA.

(ROSA entra con un cuaderno en la mano que abre y coloca en la mesa sobre el libro de LUIS.)

ROSA. Pimientos colorados, veinte cuartos. Ternera, seis reales: hoy ha subido dos cuartos la ternera. Judias verdes. (LUIS arroja el cuaderno y se levanta furioso)

LUIS. Vaya usted con sus pimientos y su ternera á donde yo ni la vea ni la oiga! ¿Quién le ha mandado á usted venir con esa incumbencia? (Suena un timbre y entra BARTOLO.)

ROSA. La señorita.

LUIS. Justo! los baños de mar. A mí si que me están dando un baño ruso. (Y que no puedo quejarme de nadie, porque yo solito me he buscado todo esto. Alguna culpa tuvo el tal D. Roque con sus oficiosidades.)

ESCENA VII.

Dichos y BARTOLO.

LUIS. Si viene alguna persona, que tenga la bondad de esperarse; voy á la Audiencia y vuelvo inmediatamente.

ESCENA VIII.

ROSA y BARTOLO.

BART. ¿Qué le has dicho al señorito, que *sa* puesto tan furioso?

ROSA. Darle la cuenta.

BART. Y tú no sabes que eso es del cargo de la señorita?

ROSA. La señorita se desentiende de esas cosas, y tiene mucha razon.

BART. Las mujeres no teneis razon en *naita* de este mundo.

ROSA. Dice la señorita que si ella dispusiese del dinero, que entonces me pasaria la cuenta; pero así como no es dueña de un cuarto, tampoco quiere intervenir en nada.

BART. Ya! Conque lo que quiere es tener barro á mano para tirar de lumbres?

ROSA. Pues mira qué está bien visto el que tengamos que andar todo el dia detrás del amo: Señorito, dos cuartos para peregil; señorito, para el aguador; señorito, para algodon de torcidas.

BART. Cuando el *gachó* ha tomao esa *disolucion*, él se entenderá.

ROSA. El señorito ha cambiado mucho desde que al quedar viuda se vino á vivir aquí la madre de la señorita.

BART. *Niervoso* me pongo cuando me llama esa tia. Más preguntona no ha *nacío* de madre. Siempre que *er* señorito se recoge un poco tarde, ha de salir con la *mesma* cancion de que los hombres que no vienen *trempaño* á sus casas es porque andan en gatuperios.

ROSA. Y acaso no vaya descaminada.

BART. Sois tan tontas las mujeres, que creis que toito lo malo se *jase* de noche.

ESCENA IX.

LUIS y CAMILO.

LUIS. Tome usted asiento, y dígame en qué puedo complacerle.

CAMILO. Yo tengo la desgracia de estar casado.

LUIS. Consuélese conque el mundo está lleno de desgraciados como usted.

CAMILO. Y no pudiendo soportar por más tiempo las... coqueterías de mi mujer, he pensado separarme de ella.

LUIS. Si el motivo que usted alega para intentar el divorcio, es simplemente la coqueteria de su mujer, nada podemos hacer de provecho. Si ese incidente bastase, crea usted, amigo mio, que no habria manos suficientes para desunir matrimonios... «El marido puede pedir la separacion si la mujer hubiere cometido adulterio, ó...»

CAMILO. No pase usted adelante. A mí me consta que mi mujer se entiende con cierto pajarraco.

LUIS. No basta, se necesitan pruebas que difícilmente se pueden presentar.

CAMILO. En ese caso, lo mejor que puedo hacer, ya que la ley se muestra tan descontentadiza, es ponerme en acecho, y cuando los vea juntos romperles el alma.

LUIS. El procedimiento no es muy legal que digamos, pero yo en el caso de usted lo practicaria sin vacilacion.

CAMILO. Ya que usted está conforme conmigo, seguiré la pista á los criminales; y cuando tropiece con ellos, garrotazo limpio.

LUIS. Usted conoce bien al seductor?

CAMILO. No señor, pero no tardaré media hora en conocerlo. Esta llave que usted vé, la he mandado hacer para abrir un baulito que mi mujer guarda con mucha reserva, y en donde sospecho he de encontrar las pruebas de ese hecho malvado que ha turbado mi tranquilidad y el sosiego de toda mi vida.

LUIS. En ese caso, procure usted cerciorarse bien para no dar un palo de ciego.

CAMILO. Si yo fuera uno de esos hombres que ven visiones en todas partes, podria temerse de mí alguna barbaridad; pero yo, que jamás he sabido lo que son celos, nada desacertado puedo hacer. Con el permiso de V. me retiro.

LUIS. Si encuentra V. algo que pueda servirnos de base para intentar la demanda, aquí me tiene V. siempre á su disposicion.

CAMILO. Requisaré cautelosamente, y nos veremos de nuevo.

ESCENA X.

LUIS.

Pobre señor! Dice que no es celoso, y es el Otelo más agitado de cuantos he conocido en este mundo, y eso que los he conocido que ni salidos del pincel de Goya, ni del lápiz de Ortego. Este señor pertenece á la familia de los Otelos filarmónicos: de esos ridículos celosos que pasan el tiempo buscando *motivos*, como los maestros compositores.

ESCENA XI.

Dicho y D. ROQUE, IRENE, DOÑA MANUELA y DOÑA TECLA.

ROQUE. Aquí que está Luis, arreglaremos este asunto de familia.

LUIS. ¿De qué se trata?

MAN. De tomar los baños de mar.

LUIS. (Ya pareció aquello.) Yo no puedo abandonar mis negocios, ni mucho ménos necesito bañarme.

TECLA. ¿No se lo dije á Vds.?

LUIS. Señora, ¿quiere V. no atormentarme con juicios anticipados?

TECLA. ¿Es decir, que yo no puedo hablar lo que se me antoje, sin incurrir en tu desagrado?

LUIS. V. puede decir cuanto quiera, que no en balde ejerce V. el sacerdocio de madre y el no ménos respetable de la vejez; pero procure V. no abusar de su posicion y ser ménos suspicaz.

TECLA. Desde hoy voy á echarme un punto en la boca.

LUIS. No hay motivo para tanto.

MAN. Dejemos á un lado este incidente, que solo es hijo del cariño, y volvamos á la cuestion principal.

ROQUE. Tienes razon, hablemos de baños, y pelillos á la mar.

LUIS. El que yo no pueda acompañar á Vds., nada significa, ni á nada se opone. En dejándome á Bartolo, todos los demás tienen mi permiso para bañarse, aunque sea en el Adriático.

IRENE. Si hemos de pasar medianamente el invierno, toda la familia necesita los baños como el pan de cada dia. Adolfo y Luisita, que no se bañaron el verano anterior, han pasado todo el invierno resfriados. Clarita, no necesito decir más, sino que está en la fuerza de la denticion; y por lo que respecta á mí, ya ven Vds. que me he quedado en la mitad de las carnes, lo que no podia ménos de suceder despues de haber perdido por completo el apetito. Hago omision de mi mamá, porque dice que ya no está para viajar y que prefiere quedarse aquí.

LUIS. (Bonito porvenir.)

MAN. Bilbao debe estar este año animadísimo: que yo sepa, se disponen á tomar los baños en aquellas afortunadas playas, las de García, las de Gonzalez, las de Gutierrez, las de Gomez, las de Rodriguez, las de Fernandez, las de Perez, las de Ruiz, las de Martinez, las de Sanchez, en una palabra, todas las primeras familias de la córte: el buen tono madrileño.

ROQUE. Hasta el presupuesto lo tienen ya formado. Léalo V., Irene. (Las mujeres, cuando se empeñan en una cosa...)

IRENE. Lo tiene Manolita.

MAN. Oigan Vds. (Leyendo en una cuartilla de papel.) «Billetes de ida y vuelta de Irene, de los dos niños, qué pagan por completo, del ama de cria, de la Rosa y de la niñera, tres mil rea-

les. Un mes de permanencia, á cuarenta reales por persona, haciendo un cubierto de los dos niños y dos de las tres muchachas, cuatro mil ochocientos reales. Gastos extraordinarios, como teatros, carruajes, propinas, etc., etc., mil reales. Total, ocho mil ochocientos reales. Con vestido de viaje, sombrero y demás accesorios, no llega á la media talega. A mí me parece muy arreglado; ¿y á Vds.?

IRENE. Muy arreglado.

ROQUE. Muy arreglado.

LUIS. Muy arreglado.

TECLA. Yo no digo nada: me he quedado muda.

LUIS. (No lo quiera Dios.) Supongo que en ese presupuesto estará incluido el importe de un cordel... para atar bien los equipajes, porque en estas espediciones suelen estraviarse muchos objetos.

MAN. Sí señor, todo está aquí comprendido.

ROQUE. (Me parece que á Luis se le atraganta el viaje.)

IRENE. (No me dá muy buena espina lo del cordel.)

TECLA. (Esta muda acabará por tener razon.)

ESCENA XII.

Dichos y CAMILO.

CAMILO. Tengan ustedes la bondad de no retirarse.

LUIS. ¿Encontró V. algo que pueda servirnos de indicio?

CAMILO. Sí, señor; todo lo sé.

LUIS. En ese caso... (Indicando que se retiren.)

CAMILO. Vuelvo á suplicar á estos señores que no se ausenten: tal es mi deseo.

LUIS. Estos negocios reclaman cierta prudente reserva...

CAMILO. Para que se pueda distinguir á los justos, es preciso que se sepa quiénes son los pecadores.

LUIS. Como V. guste.

CAMILO. Soy el hombre más desgraciado de la tierra. Estoy enamorado ciegamente de mi mujer, y mi mujer se ha empeñado en mirar, contra mi voluntad, á todos los hombres que pasan á su lado. Desde la insinuacion más disimulada, hasta el codazo más ostensible, no han bastado á corregirla. Si no cara á cara, con el rabo del ojo, ha de mirar á todos, ménos á mí, que soy el único que tiene derecho á monopolizar aquellos rayos de luz celestial. Y lo peor de todo es, que, sospechando alguna infidelidad, he abierto un misterioso cofrecillo y he tropezado con el retrato del infame que la galantea.

LUIS. (Vamos, este hombre está loco, y yo estoy aquí pasando el tiempo inútilmente.) Con ese retrato no hemos conseguido nada: busque V. otros datos, y con ellos pásese V. por aquí cuando guste. (Coje el sombrero.) Tengo mucho que hacer, y no puedo detenerme. V. se queda en su casa... Hasta luego.

CAMILO. Ya le buscaré yo á V. más despacio.

ROQUE. (Instigado por IRENE y DOÑA MANUELA.) ¿Nos bañamos ó no nos bañamos?

LUIS. ¿Tan urgente es la cosa? Lo pensaré y decidiré.

ESCENA XIII.

Todos, ménos LUIS.

CAMILO. Esa marcha repentina confirma mi sospecha: ¡teme encontrarse cara á cara con su retrato! pero tal conducta no le pone á cubierto de mi venganza.

IRENE. Qué está V. diciendo?

CAMILO. Vea V. ese retrato. (IRENE examina el retrato, que pasa de mano en mano.)

IRENE. Esto solo me restaba que ver...! Infame!

MAN. ¿Qué le parece á V. el tal Luisito?

TECLA. (El del cordel.)
ROQUE. (Ahora sí que se han aguado los baños.)
IRENE. ¿Pero está V. seguro?...
CAMILO. Segurísimo: ni para tomar baños quiere salir de Madrid.
TECLA. Lo mismo que él!
CAMILO. Él tampoco? Pues ciertos son los toros.
IRENE. Qué desgraciada soy!
CAMILO. Y yo?
TECLA. Hija mia, tienes razon, y no eres mujer si cuando vuelva no le sacas los ojos.
CAMILO. Me voy, y en donde quiera que la encuentre, la estrangulo.
MAN. Si yo te encuentro á tí en una encerrona de estas, del primer bocado te arranco la nariz.
ROQUE. Líbreme Dios. (Y es muy capaz.)
IRENE. El fuego de los celos devora mi corazon.

ESCENA XIV.

Dichos, menos CAMILO.

ROQUE. Ahora que se ha marchado ese hombre, discurramos con calma sobre lo sucedido. ¿Qué datos hay aquí para acriminar á Luis? Un retrato de targeta! que hoy se cambian hasta con las personas más desconocidas, y unos cuantos espectros luminosos de ese loco de atar. ¿No es esto, doña Tecla?
TECLA. A mí no me venga V. con defensas oficiosas. (Váse.)
ROQUE. No tengo razon, Irene?
IRENE. Guárdesela V. (Váse.)
ROQUE. Tambien tú me desairas?
MAN. Vete á paseo. (Váse.)
ROQUE. Del enemigo el consejo. (Se pone el sombrero.)

ESCENA XV.

D. ROQUE y LUIS.

LUIS. Por qué se marchaba V.?
ROQUE. Me ha mandado á paseo mi mujer...

LUIS. Y V. por hacer algo raro pensaba obedecerla?

ROQUE. Iba en tu busca.

LUIS. Ha ocurrido algo?

ROQUE. Una tempestad producida por el retrato que ha traido ese pobre celoso que tantos calendarios hace de las miradas de su mujer.

LUIS. Y qué tengo yo que ver con ese retrato?

ROQUE. Si no fuera tuyo, nada.

LUIS. Y dice V. que es mio?

ROQUE. Sí; de aquéllos de busto que te hizo Juliá.

LUIS. Y aunque así sea. ¿No circulan hoy los retratos fotográficos con igual profusion que las targetas de visita?

ROQUE. Todo eso es muy cierto. Pero para las mujeres no hay razones cuando se obstinan en una cosa. ¡Buena se ha puesto tu mujer!

LUIS. ¡Qué estado tan desventurado, señor don Roque!

ROQUE. A quién se lo cuentas tú!

LUIS. Por un lado las exigencias exajeradas y los celos infundados; por otro el prosáico abandono de la mujer y las amenazas del ridículo. Confieso á V. que aunque tengo una mujer buena y honrada, no soy feliz; y creo más, que tambien es Irene desgraciada.

ROQUE. Pues nada de eso debe sorprenderte, porque yo bien claro te indiqué lo que era el matrimonio.

LUIS. ¿Y tiene V. valor de abusar de mi prudencia con ese descaro?

ROQUE. Hombre, yo no habia de decirte: «Mira, chico, que se vive peor de casado que de soltero.» Siempre que pude me dejé caer, diciendo para mi: «Al buen entendedor pocas palabras.» La libertad del hombre soltero no se paga con nada, y luego que se vive con cuatro cuartos... Vamos, que el gastito que tú tienes no debe de ser flojo?

LUIS. Y V. que lo sabe, sin hacerse cargo de que necesito un rio de oro para mantener á toda

esta familia, se descuelga apoyando proyectos de baños que me son imposibles de realizar.

ROQUE. Si yo hago la oposicion al viaje, tengo á estas horas mi cabeza lo mismo que un melon de la India. Todavía no conoces tú á mi mujer. Cuando la contradigo se pone furiosa, y si me descuido me muerde.

LUIS. Don Roque, así no se puede vivir.

ROQUE. Pues no hay más remedio que tragar saliva y arrastrar la cruz lo mejor que se pueda.

LUIS. Muchas veces me ensimismo y haciendo abstraccion de cuanto me rodea, me pregunto: «¿Esta constante aspiracion que me domina; esta inquietud que pesa sobre mi corazon y abate mi espíritu, me la producen las cosas del mundo, ó es efecto de mi organismo?»

ROQUE. No tengas duda de que nuestro propio carácter nos hace casi siempre desgraciados. Con nada nos contentamos, ni nada nos satisface.

LUIS. Es decir, que aceleramos el paso de la vida en busca de un ideal irrealizable, y solo conseguimos abreviar el camino de la muerte?

ROQUE. Mira, chico; dejate de filosofías, y demos una vuelta por ahí dentro á ver qué mundo corre.

ESCENA XVI.

Dichos y ROSA.

ROSA. Dos reales para jarabe de malvavisco: nueve cuartos para jabon de mora, y cuatro para espliego.

LUIS. Tome usted una moneda de dos pesetas.

ROSA. De estas corren muchas falsas.

LUIS. Si no es buena le daré á usted otra.

ROSA. (La suena.) No *dorea*, es buena.

LUIS. ¿Qué hacen los niños que no se les siente?

ROSA. Les está contando cuentos la niñera en el cuarto de los baules.

LUIS. ¿Ha venido alguien?

ROSA. La señorita Antonia ha venido á visitar á las señoras y á decirles de paso que se ha casado, y que su marido, que es ese señor que ha estado aquí dos veces, no la deja vivir de celoso que es.

LUIS. Está bien.

ESCENA XVII.

Dichos, menos ROSA.

LUIS. Ahí tiene usted la procedencia del retrato y el orígen de tanto escándolo. Antonia es una antigua amiga de casa, á quien hacia tiempo que no veíamos, y á quien mi misma mujer regaló mi retrato. Ahora se convencerá Irene, si quiere convencerse, de cómo se forman la mayor parte de los nublados que producen tempestades en el seno de las familias.

ROQUE. No entras tú?

LUIS. Tengo informe mañana y necesito prepararme. Pase usted, y así podrá avisarme si ocurre alguna novedad.

ESCENA XVIII.

LUIS y CAMILO.

CAMILO. Niéguemelo usted ahora.

LUIS. No señor, no se lo niego. (Este loco me vá á marear.)

CAMILO. Yo mismo la he visto entrar.

LUIS. Y yo mismo la he abierto la puerta.

CAMILO. A dónde se oculta esa infame?

LUIS. No la insulte usted, porque acabaremos mal. Y á todo esto ¿quién es usted?

CAMILO. Soy su marido.

LUIS. Tú... tú... tú... Su marido! Yo le creia á usted alguna persona allegada.

CAMILO. Quién puede serlo más allegada que yo?

LUIS. Cualquiera que como usted no pretenda separarse de ella; yo, por ejemplo, que trato de ampararla.

CAMILO. Y tiene usted valor de decírmelo con todo ese descaro...!

LUIS. ¿Tiene algo de particular el que yo recoja lo que usted desecha?

CAMILO. Si yo no la quisiera tanto!

LUIS. ¿Y usted la quiere, á pesar de ser coqueta, de mirar á todo el mundo de reojo y de entenderse con cierto pajarraco?

CAMILO. Esas son sospechas mias que nadie tiene derecho á interpretar.

LUIS. Es decir, que por una simple sospecha ha calumniado usted á su mujer, con mengua de su honor, y ha vertido la hiel de los celos en el corazon de la mia? Le parece á usted razonable su manera de obrar? Pase usted á esa habitacion; en ella hallará usted á nuestras respectivas esposas; discúlpese usted como pueda, y procure dejarme á mí en el lugar que me merezco. El hombre que duda de su mujer sin motivo justificado, arroja sobre su propio honor la mancha de la calumnia.

ESCENA XIX.

LUIS, solo.

Si no se estudiasen estos tipos para escribir la historia de los maridos, algo más valdria la clase... Si quisiera Dios que me dejasen un rato tranquilo, mucho podria adelantar en este expediente de separacion del pobre Mariano. Tuvo necesidad de casarse precipitadamente: arrancó á una modestísima mujer de los brazos de la miseria, confiado en su agradecimiento, y léjos, muy léjos de esta noble correspondencia, ¿qué ha hecho? Ponerlo en ridículo á todas horas y en todas

partes, y armarle asechanzas para quitarle la vida. Él atribuye su desventura á la ligereza de su casamiento, á no haber estudiado suficientemente el carácter de su mujer. Otros maridos piensan ver en otras causas los motivos de su malestar. A mi juicio, estos son misterios del corazon, imposibles de descubrir. La felicidad conyugal es una flor muy bella, pero silvestre, que brota caprichosamente en donde mejor le place. De la misma manera que abre sus hermosos pétalos á la atmósfera fria y destemplada de dos corazones del Norte, desplega sus lucientes galas al cálido ambiente de dos almas meridionales. Ni tiene época determinada, ni paraje predilecto. Nace en cualquiera de las estaciones del año, y desaparece cuando más brillante se presenta á nuestros ojos. En su cáliz guarda el aroma de todas las flores, es modesta como el lirio del valle, y más impresionable aún que la misma sensitiva. ¡Dichosos aquellos que la ven florecer en medio de sus pacíficos hogares!

ESCENA XX.

LUIS y ROSA. (Esta con un libro y un expediente.)

ROSA. (Desde la puerta del fondo.) ¡Como que no tengo otra cosa que hacer más que pagar lo que no debo! Ni voy á la prevencion, ni mucho ménos á casa del señor alcalde. Si V. no vé, cómprese V. unas antiparras.

LUIS. Qué es eso?

ROSA. Un *amarillo* que me quiere sacar diez reales porque dice que he sacudido las alfombras desde el balcon.

LUIS. V. ha debido equivocarse. (Desde la puerta del foro.)

ROSA. Hace más de media hora que no salgo de la cocina *enredá* con el principio, y me pondria

yo ahora á sacudir.... A él si que le sacudiria yo el polvo de la levita.

LUIS. Cállese V., y no sea charlatana. (Desde la puerta del foro.) Puede V. retirarse y no importunar á las familias con sus equivocaciones.

ROSA. Diez reales! Qué quisiera él más para reirse! Señorito, el escribiente del procurador, que tenga V. la bondad de firmar en este libro y de recibir estos papeles. Ahí fuera espera el señor D. Mariano.

LUIS. (Coloca los papeles en la mesa y entrega el libro firmado.) Por qué se ha detenido?

ESCENA XXI.

LUIS y MARIANO.

LUIS. Qué cosas tienes, Mariano.

MAR. Cómo anda mi negocio?

LUIS. Viento en popa. La demanda de divorcio está admitida, por consecuencia, es preciso que vayas acordando la persona en quien deba constituirse el depósito, para cuando el juez se presente en tu casa.

MAR. Segun eso, muy pronto dejaré de tenerla á mi lado?

LUIS. Es posible que mañana mismo.

MAR. Dichoso mañana! que vá á permitir á mi corazon un latido de paz y de reposo!

LUIS. Pobre Mariano! Eres muy desgraciado! Yo te compadezco, pero acuérdate de tu hijo.

MAR. Mil vidas me hubiera ya quitado si no fuera por ese pedazo de mi corazon! Hijo de mi alma! Desde mañana viviremos solos y nadie vendrá á turbar la tranquilidad de tu sueño, que yo velaré.

LUIS. Mariano, yo siento tener que decirte algo que te vá á ser funesto. Ese niño, que aún no tiene tres años, lo arranca la ley de tus brazos y lo deposita en el regazo de su madre.

MAR. Estás cierto de lo que acabas de decirme?

LUIS. Mariano, no quisiera estarlo.

MAR. ¿Conque es decir, que no puedo separarme de ella, que atenta contra mi vida, sin desprenderme de mi hijo que me abre el cielo con su mirada?

LUIS. Esa es la ley.

MAR. Ley que me obliga á vivir entre el amor y el ódio, entre la luz y las tinieblas, no cabe dentro de mi cerebro!

LUIS. Antes de llegar á tan amarga decision, reflexiona con calma lo que mejor te conviene.

MAR. Primero que separarme de mi hijo, consiento en todo, y me siento con bríos para afrontar toda clase de peligros. Su separacion me seria insoportable.

LUIS. A todo esto, no sabemos fijamente la edad que tiene.

MAR. En Diciembre último cumplió dos años.

LUIS. Enero... Febrero... Marzo... Nos hemos salvado. Dentro de un mes cumple los tres años. Con diferir estas últimas diligencias y no constituir el depósito hasta que hayas adquirido el derecho de tenerlo á tu lado, queda todo arreglado.

MAR. Luis, estás seguro de lo que acabas de decirme? Puedo marcharme tranquilo y pensar en la dicha futura?

LUIS. Mariano, véte confiado y soporta resignado los pocos dias que te restan de martirio.

ESCENA XXII.

LUIS y DOÑA TECLA. (Esta oculta un perro faldero con el delantal.)

TECLA. Esta casa es un infierno. Aquí no se puede vivir... Esta gente me está quitando la vida... Vea V., pobrecito mio!

LUIS. Pero señora, ¿qué le pasa á V.?

TECLA. Entra á reirles la gracia á tus hijos!... Si no estuvieran tan mal educados...

LUIS. Explíquese V., ¿qué han hecho mis hijos?

TECLA. Nada ménos que zambullir mi perrita en la tinaja del agua.

LUIS. Y es todo esto lo que la aflige á V.?

TECLA. Te parece poco, hereje?...

LUIS. Como todos estos dias no se viene hablando de otra cosa que de baños, se conoce que los chicos le han anticipado el viaje.

TECLA. Tiritando ha salido el pobre animal... Como es tan nervioso!...

ESCENA XXIII.

Dichos, D. ROQUE y DOÑA MANUELA.

MAN. Sí señor, te miraba con el rabo del ojo.

ROQUE. Con el rabo del ojo...! Bueno estoy yo para que nadie me mire con el rabo del ojo.

LUIS. Esta es otra que bien baila.

ROQUE. Nada hay más ridículo en el mundo, que una persona celosa. Despues de echar sapos y culebras contra su mujer, se ha marchado más manso que un cordero.

LUIS. Irene habrá quedado satisfecha.

MAN. La pobrecita está avergonzada, y siente haber dudado de V. sin motivo.

TECLA. Si tuviera la esperiencia que yo, ni seria tan conflada, ni mucho ménos creeria en ciertas comedias de la vida.

LUIS. ¿Quiere V. suponer que todo esto ha sido un plan combinado?

TECLA. Acaso no he observado yo que siempre que ha venido á casa la Antoñita, te ha mirado con el rabo del ojo?

ROQUE. Señora, no meta V. la zizaña.

TECLA. Hipocriton, tambien le miraba á V. hace un instante.

MAN. No te decia yo que lo habia observado? Te voy á saltar un ojo y parte del otro. La tal Antoñita!

ESCENA XXIV.

Dichos é IRENE.

IRENE. ¿Qué es eso de Antoñita?

LUIS. Tu mamá, que está furiosa por el baño de la perrita, y Manuela que lo está ordinariamente, se empeñan en asegurar que Antoñita nos ha mirado de reojo, intencionalmente se entiende, á mí en otras ocasiones que ha venido á casa, y hace un instante á D. Roque.

IRENE. Y tienen muchísima razon.

MAN. Contesten Vds. á eso.

IRENE. Si la pobrecita es vizca, ¿cómo quieren ustedes que mire?

ROQUE. Y ahora, ¿quién contesta?

IRENE. No son flojos los disgustos que la dá ese hombre visionario.

LUIS. Hace un instante que nos hemos encontrado aquí reunidos cuatro matrimonios: tres hemos andado á la greña, y solamente uno, el más modesto de clase, Rosa y Bartolo, ha permanecido tranquilo y sosegado, que sepamos al ménos. Aunque la mayoría se aproxima á la unanimidad, siempre es un consuelo el contemplar que la felicidad no huye de todos. Si todos los casados del mundo se encuentran en igual proporcion de riñas, confieso á Vds. que es una delicia el matrimonio.

IRENE. Lo que aquí ha sucedido ha sido una casualidad.

ROQUE. Por eso dicen, sin duda, que el mundo está lleno de casualidades.

MAN. No parece sino que andamos todos los dias con los trastos por el aire.

TECLA. No será por falta de motivo.

ESCENA XXV.

Dichos, Rosa y Bartolo.

Bart. Aquí hay una señora que quiere pasar.

Luis. Quién es?

Bart. Ni lo sé siquiera.

Luis. Que pase.

Rosa. Dispense V., señorito. (Rosa de mantilla.)

Luis. ¿Qué sucede?

Rosa. Vengo á suplicar á V. que me arregle los papeles, porque me quiero separar de Bartolo.

Luis. Estamos en plena unanimidad. ¿Pero qué ha sucedido?

Rosa. Voy á decir la verdad: que no quiero que hable con la niñera, que con perdon de Vds. es una tunanta, y hoy lo he sorprendido regalándola unos pendientes de *doblés*, y diciéndola que pronto la daria el ascenso inmediato.

Man. ¿Cuál es el ascenso inmediato, Roque?

Roque. Ama de cria, mujer.

Man. ¿Qué te parece el bribonazo?

Tecla. Todos son lo mismo.

Irene. Tranquilízate, Rosa, que hoy mismo saldrá de casa la niñera. (Rosa permanece sentada como en visita.)

Man. Bueno está el ramo de niñeras.

Irene. ¿Y qué dirán Vds. cuando sepan que tambien se nos marcha el ama de cria?

Luis. Este es el cuento de nunca acabar.

Man. ¿Qué bicho le ha picado á esa buena mujer?

Irene. La he reñido, porque está desatinada con un guardia del Rey, y apenas vé la casaca encarnada la falta poco para embestir, y por toda contestacion me ha dicho que busque otra nodriza.

Man. A esas burras de leche no les falta más que el cencerro.

Roque. Lo que es á tí poco te han dado que hacer.

MAN. Si tuvieras vergüenza, no hablarias de ese particular.

IRENE. Quiera Dios que no nos ocurran otras cosas peores... (¿Se habrá quemado algo?)

LUIS. En este mundo el que no se consuela es porque no quiere.

MAN. Pues tenga V. entendido que en todas las casas sucede lo que en esta, poco más ó ménos.

IRENE. Hace rato que estoy sintiendo olor á quemado. ¿Lo perciben Vds., ó es aprension mia?

ROSA. Yo tambien, señorita.

MAN. Será algun trapo de la cocina. Yo, como no tengo olfato..

ROQUE. Algun fósforo.

LUIS. Debe ser algo más. Vaya V., Rosa, no sea que los niños enredando... bueno fuera...!

IRENE. Parece que entra humo.

ROSA. Vaya si entra.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y BARTOLO. ROSA sale, y á los gritos de BARTOLO retrocede gritando ¡fuego!

BART. (Dentro.) ¡Fuego! ¡Fuego! (Entrando.) Fuego en la cocina, señoritos.

LUIS. Lo único que nos faltaba!

IRENE. ¡Bartolo, mis hijos! ¿Dónde están mis hijos?

BART. Ya están á salvo, señorita. ¡Fuego! ¡Fuego!

LUIS. Avisar á los vecinos, á la parroquia y á las bombas.

ROQUE. ¡Vecinos! ¡Fuego! ¡Fuego!

MAN. Roque, vámonos á casa; vámonos, que ya sabes que soy muy combustible!

TECLA. A ver, mi perrita, ¿quién se encarga de mi perrita? (Pretende entregarla á LUIS y este la arroja al suelo de una sacudida.)

LUIS. (Al público.) ¡Cuándo querrá Dios que pueda vivir tranquilo!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

EL VIUDO.

Jardin: dos pabellones laterales con ventanas al espectador.—El de la derecha del actor pertenece á LUIS: el de la izquierda á D. ROQUE y su sobrina JULIA.—Sillas rústicas, jarrones, estátuas, un velador, etc., etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

JULIA y LUISA en la ventana del pabellon de la derecha. LUIS sentado y apoyado sobre una mesa-velador en actitud pensativa.

JULIA. Me ha parecido oir el silbido de la locomotora.

LUISA. No será estraño, acaban de dar las cuatro y media, y esta es la hora en que pasa por aquí el tren *expres* que se dirige á París.

JULIA. Si es así, pronto veremos asomar al calaverilla de tu hermano.

LUISA. Tienes razon que Adolfo debe llegar, y es muy posible que mi papá se haya olvidado de que hoy es sábado.

JULIA. Mírale qué tranquilo reposa á la sombra de aquel árbol.

LUISA. Es verdad: pobrecito, no me atrevo á distraerle.

JULIA. De todos modos será preciso.

LUISA. Toquemos el piano á ver si con la música logramos...

JULIA. Ven conmigo, que ya verás lo que voy á hacer. (JULIA y LUISA bajan de puntillas las gradas del pabellon, procurando no ser vistas por LUIS. La primera de éstas se coloca silenciosamente detrás de LUIS y le tapa los ojos con las manos.) ¿Quién? (Disfrazando la voz.)

LUIS. Luisa.

JULIA. Quiá!

LUIS. Vamos, tontuela, déjame, que me lastimas.

JULIA. Quién soy?

LUISA. Criatura, ¿quién ha de ser más que tú?

JULIA. Y ahora? (Separando las manos.)

LUISA. Qué torpe!

LUIS. (Esta chiquilla me está mareando como hay Dios.)

LUISA. Te has olvidado de que hoy debe venir mi hermano Adolfo, y no nos has llevado á esperarle.

LUIS. Tienes razon, pero ya se ha hecho tarde. Salíos á recibirle á la verja que dá al camino, que ya deben divisarse los ómnibus de la empresa.

JULIA. Vamos allá, pero acompáñenos V. (Con marcada coquetería.)

LUIS. Yo espero aquí.

JULIA. Señor D. Luis, sea V. amable con las señoritas. (Se apoya del brazo de LUIS.)

LUIS. (¡Cuando yo digo que esta niña me saca de mis casillas!)

ESCENA II.

D. ROQUE, aparece peinando la peluca en la ventana del pabellon izquierda y descubriendo la cabeza completamente calva.

ROQUE. (Bosteza y se hace una cruz en la boca.) Vea V. por dónde he llegado á entrar en la moda del bello sexo. Así como hoy se dice entre las mujeres, yo tengo tantos ó cuantos duros de pelo, tambien yo puedo decir que tengo seiscientos reales de ese importante artículo. (Se coloca la peluca.) ¡Ajajá!... ¿Pero qué me importa haber gastado treinta duros en este

chisme, si me quita de encima un número igual de años por lo ménos?... Vea V. lo que son las cosas: en vida de mi Manolita, que yo no usaba este precioso adorno, aunque me arrancaba los pelos cada vez que la contradecia, puede decirse que salia á peluca diaria. (Vuelve á bostezar.) Digan lo que quieran, en este pueblo no se pasa del todo mal... Se come y se trinca bien, se duerme largamente, y se recrea la vista que es un primor, paseando por la colonia. Aunque yo ya estoy fuera de combate, ¿quién no se alegra viendo unos ojitos vivarachos y un piececito de esos que caminan sin tocar al suelo? Vámonos á pasear, y no pensemos en estas cosas que dejan la boca más amarga que la hiel! (Bosteza.)

ESCENA III.

Luis, solo.

Si yo tuviera la desgracia de no poderme dominar, á estas horas hubiera dado un paso verdaderamente arriesgado... La única cosa con que se reanima mi espíritu abatido por la soledad en que me hallo y por los tristes recuerdos de tiempos pasados, es ella... sí, ella... esa inocente niña por cuya frente no han cruzado aun las primeras impresiones del amor... (Vuelve á tomar la actitud de la primera escena.)

ESCENA IV.

Luis y D. Roque.

Roque. Continúan las meditaciones?

Luis. ¿Quiere V. que me ponga á saltar á la comba?

Roque. Entre saltar á la comba, que nada tendria de particular, y estar todo el dia hecho un cartujo, no es dudosa la eleccion. Has venido á

Pozuelo á distraerte, porque en Madrid te fastidiabas, y haces aquí una vida cien veces más aburrida.

LUIS. Ni mi edad, ni mi estado requieren otra cosa que el aislamiento y la tranquilidad.

ROQUE. Qué aislamiento ni qué gallo muerto? Yo soy tan viudo como tú, y me gusta entrar y salir, y decirles á las muchachas cuatro chicoleos. Si en vez de los sesenta y pico que llevo á cuestas contase yo tus cuarenta y tantos años, ya me habia casado y con una muchachita bien jóven por cierto.

LUIS. D. Roque! ¿con una muchacha jóven? ¿Está V. en su juicio?

ROQUE. Y por qué no?... ¿Acaso no cuesta lo mismo el mantenerla? (Se sienten los preludios de un piano.) Qué! ¿no sestean esas niñas?

LUIS. A esa edad no se duerme. Como ha venido mi hijo Adolfo, improvisarán alguna pequeña fiesta.

ROQUE. Es verdad que hoy le corresponde pasar aquí la noche.

LUIS. Ola, ola, tenemos cancion... oigamos. (JULIA canta al piano una cancion cualquiera.)

ROQUE. Qué te parece mi sobrinita?

LUIS. Muy bien... preciosa voz.

ROQUE. Y sus prendas personales?

LUIS. Admirables.

ROQUE. ¿No es verdad que aquellos ojos incendiarios, aquel talle que se cimbrea, aquellos pies menuditos jugando siempre al escondite, y aquel blanco y palpitante seno, que parece de pasta flora, son capaces de producir un desmayo á la persona más pacífica del mundo?

LUIS. Sí; ¿quién lo duda? (Con cierto desden.)

ROQUE. Qué! ¿Serás capaz de decir que no te gusta mi sobrina? ¡No te ha de gustar, hipocriton!

LUIS. Pues supóngase V. que me gustase.

ROQUE. Hombre, gustándote mucho, mucho... por mi parte ya sabes que no habria inconve-

niente... Además, ella no tiene más familia que yo.

LUIS. Señor D. Roque, no comience V. á levantar castillos en el aire.

ROQUE. Cualquiera diria que se trataba de alguna cosa del otro jueves. Las cosas que pueden realizarse no son castillos en el aire. Ahora más que nunca necesitas una mujer que mire por tu casa, que cuide de tus intereses, y que acompañe á tu hija y la sirva de madre.

LUIS. Y á fé que para todo eso está en condiciones su sobrina de V., que es casi, casi, de la edad de mi hija.

ROQUE. Pues mira, chico, que la falta que la pones es atinada como hay Dios. Si para tí es uu obstáculo la juventud, para mí es una carga insorpotable la vejez. Cuando me miro al espejo y me veo esta cara de violin destemplado, me dan tentaciones de enterrarme en vida como las viudas del Indostan.

LUIS. ¿Pero V. no conoce que seria una solemne tontería el que yo me pusiese al cabo de mis años á hacer la corte á su sobrina de V. para correr el riesgo de recibir un desaire ó hacer un mal papel delante de mis hijos?

ROQUE. Al cabo de mis años! Ni que fueras un Matusalen!... ¡Recibir un desaire!... Los hombres distinguidos... y bien acomodados como tú... no reciben nunca desaires... Hacer un mal papel delante de tus hijos!... Los hijos no tienen más remedio que decir amen á todo lo que los padres determinen.

LUIS. Ya sabe V. lo que me sucedió con Anita.

ROQUE. Anita, Anita creyó un inconveniente para casarse contigo el que tuvieses hijos, y acaso esta misma circunstancia sea una recomendacion para mi sobrina.

LUIS. Ella viene, mudemos de conversacion.

ESCENA V.

Dichos y JULIA (con un libro.)

LUIS. Qué lee V. Julia?

JULIA. Las *Doloras de Campoamor.*

LUIS. ¿Es V. aficionada á la poesía?

JULIA. Qué corazon sensible no lo es á ese lenguaje del alma?

ROQUE. Si vieras qué sentido le dá á los versos. Vamos, lee algo para que te oiga Luis.

JULIA. Qué leo? (Abre el libro.)

ROQUE. Lo que quieras.

JULIA. (Leyendo.)

«En el cristal de un espejo
á los cuarenta me ví,
y hallándome feo y viejo,
de rábia el cristal rompí.»

ROQUE. No sigas, porque esa composicion no me gusta. Lee, lee otra que sea más bonita... Ese señor Campoamor tiene unas cosas...

JULIA. (Leyendo.)

«LAS DOS LINTERNAS.

De Diógenes compré un dia
la linterna á un mercader.
Distan la suya y la mia
cuanto hay de ser á no ser.

—

Blanca la mia parece;
la suya parece negra;
la de él todo lo entristece;
la mia todo lo alegra.

—

Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira:
Todo es segun el color
del cristal con que se mira.»

ROQUE. Esa sí que es bonita. Repite, repite el final, que me ha gustado mucho... Escucha bien, Luis, escucha, y verás qué pico de oro.

JULIA. (Leyendo.)

«Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira:
Todo es segun el color
del cristal con que se mira.»

(JULIA se sienta en un banco que aparecerá al pié de la ventana del pabellon de D. ROQUE y continúa leyendo para sí.)

ROQUE. Ahí tienes resuelto el problema de todo lo que venimos hablando. Si tú no miraras las cosas con el cristal de la impaciencia; si tú aprendieses á tener más resignacion, alguna vez participarias de la felicidad en que no crees. En el caso presente, por ejemplo, procura hacer abstraccion de tu carácter, aplica el ojo al cristal de la esperanza, y verás un porvenir risueño y halagador.

LUIS. ¿Y si ella mira al mismo tiempo que yo, pero con otro cristal, y me dá unas calabazas que me despampana?

ROQUE. ¡Para calabazas están las muchachas con la escasez de maridos que corre! ¡Ni por un ojo de la cara se encuentra un pretendiente que vaya con buen fin...! Quédate solo con ella y procura insinuarte. Animo, pues, y á la carga.

LUIS. ¿Qué hace V.?

ROQUE. Marcharme.

LUIS. No se vaya V. y déjeme en paz.

ROQUE. Qué quisieras tú más que entrar en guerra con semejante enemigo.

LUIS. Señor D. Roque, le suplico á V. que no se vaya.

ROQUE. Si no me voy... ¡Qué me he de ir!

ESCENA VI.

LUIS y JULIA sin separar los ojos del libro.

LUIS. Qué agradable está la tarde.

JULIA. Mucho, muy agradable.

LUIS. Esta mañana amaneció tan nublado...

JULIA. Si, muy nublado.

LUIS. Aquí son muy frecuentes las tormentas.

JULIA. Frecuentísimas.

LUIS. Qué aplicada está V. á la lectura.

JULIA. No tengo otra cosa que me distraiga. (Cierra el libro.)

LUIS. ¿Tan poco amena encuentra V. mi conversacion?

JULIA. Como V. no me dice nada que pueda interesarme...

LUIS. Si yo supiera la manera de interesar á V.

JULIA. Ignora V. lo que más lisonjea á una mujer?

LUIS. Ciertamente que no.

JULIA. Entonces... no comprendo...

LUIS. Si yo fuera un pollo...

JULIA. ¿Qué haria V.?

LUIS. Dirigirla alguna que otra galanteria.

JULIA. Un dulce nunca amarga, cualquiera que sea su procedencia.

LUIS. Dígame V., Julia... Supongo que ya tendrá V. su correspondiente... novio.

JULIA. Es V. muy curioso.

LUIS. Eso no es contestar.

JULIA. Novio... no: simpatias...

LUIS. ¿Y ese mortal afortunado está en Pozuelo?

JULIA. Eso sí que no lo digo.

LUIS. Pero Julia... ¿qué tiene eso de particular?

JULIA. Mi afirmacion seria tanto como revelar su nombre.

LUIS. Luego vive aquí.

JULIA. No lo sé.

ESCENA VII.

Dichos y LUISA y ADOLFO que bajan precipitadamente las gradas del pabellon.

ADOLFO. Noticia...! noticia...!

LUISA. Baile...! baile...!

ADOLFO. Julia, baile de confianza en el teatro.

LUISA. Papá, baile y estamos invitados.

LUIS. (¡Qué oportunidad de niños!)

ADOLFO. Julia, ya tienes pareja para toda la noche.

LUIS. (¡Pareja para toda la noche!)

LUISA. ¿Supongo, papá, que nos acompañarás?

LUIS. Hija mia, has supuesto mal

LUISA. ¿Te has de quedar sólo en casa?

ADOLFO. Si no quieres molestarte yo las acompañaré.

LUISA. Es verdad, Adolfo nos acompañará.

LUIS. Mejor será que baileis en casa.

ADOLFO. (Dirigiéndose á JULIA.) Sabes tú lo que yo no sé, el paso de los lanceros.

JULIA. Demos unas cuantas vueltas y lo aprenderás. (Se ponen á bailar.)

LUISA. Conque vamos, papá, dime que sí.

LUIS. No hay baile.

LUISA. Pero, papaito...

LUIS. Te he dicho que no hay baile, y no hablemos más del particular.

LUISA. (Llorando.) ¡No dejarnos ir al baile!... Eso sí que es una injusticia.

ADOLFO. ¿Qué te ha sucedido? Por qué lloras?

LUISA. Porque no quiere papá que vayamos al baile.

JULIA. (Con mucha coqueteria.) ¿Es posible que se oponga V. á una exigencia tan natural?... ¿Conque yo que he venido á pasar unos dias con Vds., me he de privar de una de las pocas distracciones que ofrece esta colonia? Si quiere Vd. que seamos amigos y que yo no le retire mis simpatías, es preciso que revoque V. la órden, y que me dé palabra de acompañarnos y de ser mi pareja en el primer rigodon.

LUIS. ¡Julia!...

JULIA. No hay más Julia que acceder á mi súplica... V. que es tan galante y tan cariñoso...

LUIS. Me lo pide V. de un modo...

JULIA. Conque tenemos baile, eh? ¡Qué bueno es V.!

LUIS. Si V. se empeña...

JULIA. ¿Y será V. mi pareja?

LUIS. A tanto no me comprometo, porque jamás he bailado.

JULIA. ¿No ha bailado V. nunca?

LUIS. Nunca.

JULIA. Pues ahora redoblo mi interés y lo hago cuestion de gabinete.

LUIS. Es tan ridículo á mis años... y luego que no sé bailar.

JULIA. Deme V. la mano, y verá V. qué sencillo es el paso del rigodon. (Hacen el paso del rigodon.)

LUISA. (A ADOLFO.) Ensayemos nosotros tambien.

ADOLFO. Que ensaye Mahoma. (Puerilmente enojado.)

LUISA. ¿Por qué no quieres?

ADOLFO. Porque ese es baile de viejos. (Mirando intencionalmente á LUIS.)

JULIA. (A LUIS.) Lo hace V. á las mil maravillas.

LUIS. Podrá ser así, pero á mí, maldita la gracia que me hace.

ADOLFO. (Menos me hace á mí.) (Irritado.)

ESCENA VIII.

Dichos y D. ROQUE.

ROQUE. Chiquitos, ¿habeis recibido la noticia del baile?

JULIA. Sí, tio. (Habla á ADOLFO bajo y con gran interés.)

LUIS. Será preciso concurrir.

ROQUE. Revuelta está la colonia con el dichoso baile. Os advierto que es de confianza, pero no obstante poneos lo mejor que tengais.

LUISA. ¿Es V. tambien de la partida?

ROQUE. ¿Habeis visto alguna funcion sin tarasca?

ADOLFO. Papá, puesto que viene D. Roque, si no quieres molestarte...

LUIS. Si tienes interés en que me quede en casa...

ADOLFO. Como tú tienes poca aficion á estas cosas...

LUIS. Pues mira tú, ahora me voy aficionando... (¡Si estaré haciendo un papel ridículo!)

JULIA. Ya sabe V. que es mi pareja en el primer rigodon.

ADOLFO. (¡Dále que dále al rigodon!)

ROQUE. Quieren Vds. creer que tengo esta noche el compromiso de bailar?

LUISA. Con alguna señora mayor?

ROQUE. Con una muchacha fresca como una lechuga y que todavía no tiene derecho electoral. (Por cierto que me ha encargado que la lleve flores del jardin y que me tiña las patillas.)

JULIA. Entremos á disponer los trajes que hemos de llevar al baile.

LUISA. Tienes razon, entremos.

ADOLFO. ¿Quereis que os acompañe? (Intenta hacerlo.)

JULIA. Como gustes.

LUISA. Sí, acompáñanos.

LUIS. ¿A dónde vas tú?

ADOLFO. Con ellas.

LUIS. Si las entretienes se echará la noche encima, y no tendrán tiempo para nada. Este chiquito...!

ADOLFO. (Tengo una gana de ser libre para que nadie me mande! Estoy en el colegio y no me dejan respirar. Vengo á casa y me sucede lo propio...)

ESCENA IX.

Dichos, menos LUISA y JULIA.

ROQUE. ¿La has hablado?

LUIS. La he hablado, se me presenta bien, y sin embargo estoy decidido á desistir de mi propósito.

ROQUE. Es decir, que cuando con viento más favorable navegas, recoges las velas y tiras los remos.

LUIS. Qué quiere V., desconfio de mi mala estrella.

ROQUE. Me he empeñado en hacerte feliz y tendré que renunciar á ello.

LUIS. ¡Verme feliz! ¿En donde está esa mentida felicidad?

ROQUE. Para tí en ninguna parte: para las demás personas que ni tienen tu carácter, ni piensan como tú, hasta en el detalle mas sencillo de la vida.

LUIS. Señor D. Roque, seamos francos. Usted ha seguido paso á paso mi vida de soltero, de

casado y de viudo. En el primero de estos estados disponia yo de todo cuanto puede necesitar un hombre para obtener esa felicidad; libertad, juventud, dinero. Pues bien; V. que ha sido testigo de mis inquietudes, de mi constante agitacion, de mi malestar profundo, podrá decir si era yo feliz. Mudé de estado y tuve la fortuna de casarme con una mujer bella y honrada. Mi profesion de abogado, y las rentas de la herencia de mi padre me permitian vivir sin ciertas privaciones que suelen ser el tormento del hogar. La vida superficial y aventurera del hombre independiente murió con el hombre soltero: los cuidados de la familia se apoderaron de mí, me entregué de lleno al cumplimiento sagrado de mis obligaciones y nunca pude hallar la dicha que soñaba. Una muerte temprana, producida, como V. sabe, por el susto de aquel incendio maldecido, arrebató del mundo á mi mujer dejando vacía mi casa y vacío mi corazon. La vigilancia que necesariamente debo ejercer sobre mi hija, me produce el cansancio; la soledad que me rodea, me causa pavor; los años que sobre mí pesan engañan mi corazon, abriendo paso al deseo. No sé si soy jóven ó si soy viejo: si las ideas que cruzan por mi imaginacion son ilusiones nuevas ó si son el recuerdo de otras que pasaron. Dígame V. ahora si esta lucha de pasiones, de ideas y de pensamientos, son por ventura esa felicidad que en vano busco afanoso toda mi vida!

ROQUE. No pasemos el tiempo en inútiles razonamientos. El gérmen de tu desventura está en tu propio carácter. Te has empeñado en no ser feliz y te vas saliendo con la tuya. Tu vida es una série de deseos y aspiraciones que no tiene fin. Madura una idea, persevera en ella, ten conformidad y todo te será más agradable. Varia de cristal y verás las cosas

de otro color. Cuando yo estaba soltero solo tenia 3,000 reales de sueldo y vivia más contento que unas Pascuas. Me casé con mi mujer, que Dios haya perdonado, y aunque tenia poco que celebrar, lo pasé bien, salvo alguno que otro arañazo: hice algunos cuartos y me reí del mundo. Murió, y así como ella descansa en el cielo, yo descanso en la tierra. Algunas veces la echo de ménos, es verdad, pero me conformo con mi suerte y me las campaneo como puedo. Créeme á mí y déjate de tonterías. Si realmente te interesa (Durante esta escena ADOLFO habrá permanecido sentado debajo de la ventana del pabellon de la derecha con actitud meditabunda. A la mitad del razonamiento de D. ROQUE, aparece JULIA en la ventana, y con una ramita ó caña delgada juega con ADOLFO, tocándole la oreja hasta que se percibe y se pone á hablarla con marcado interés.) mi sobrina no temas nada, declárate á ella decididamente, y ten seguro un *sí* que ni los de pecho que solia dar Tamberlik. ¿Has observado si te mira con aficion?

LUIS. No lo he reparado.

ROQUE. Sabes tú que no haria otro tanto tú hijo Adolfo, que (ADOLFO besa la mano á JULIA.) es un mozalvete sin mundo ni experiencia?

LUIS. Si usted supiera...!

ROQUE. Qué?

LUIS. Repugnancia me causa decirlo.

ROQUE. Qué, hombre? acaba de una vez.

LUIS. Que ese mozalvete, sin mundo ni experiencia, es precisamente mi rival.

ROQUE. Eso era lo único que me faltaba oirte. ¡Tu hijo Adolfo! Dispénsame que me ria á todo trapo... Tu hijo Adolfo que apenas sabe conjugar un verbo!..

LUIS. Sí señor, mi hijo Adolfo: la nueva generacion que me empuja.

ROQUE. ¡Y qué te dice: «atrás, paisano!» ¡Válgame Dios y qué cosas imaginas! ¡Tu hijo Adolfo! Y ¿á dónde se ha metido ese chicuelo?... Estará repasando la leccion de mañana.

LUIS. Sin duda ha desaparecido. Crea V. que no se encontrará del todo mal.

ROQUE. ¿Es posible que tú confundas el amor con los inocentes afectos de la niñez?

LUIS. Amigo D. Roque, el amor tiene una fisonomía muy conocida.

ROQUE. No te precipites: haz nuevas observaciones, *sondeala* y te convencerás de que vives en un error. No he consultado la voluntad de mi sobrina, pero estoy seguro de que se casa contigo, no bien la hagas una declaracion formal. Animo, pues, y aprende de mí que por complacer á una niña voy á teñirme las patillas para asistir al baile de esta noche, trasmigrado en un pollo de veinte abriles (algun tanto fiambre y trasnochado).

LUIS. Haga V. lo que quiera y déjeme V. á mi vivir en paz con mi carácter. No me ha dado V. un consejo que me haya salido bien, y yo soy tan bobalicon que á pesar de todo le oigo á V. y le sigo como si fuera un autómata. (JULIA desaparece de la ventana despues de haber dado á besar la mano á ADOLFO, que se sienta de nuevo.)

ROQUE. Eres el viudo más simple que he conocido.

LUIS. Y V. el más compuesto de los que se pasean por esos mundos de Dios. Pero chico, ¿qué haces?... (A ADOLFO.)

ADOLFO. Nada, que me senté ahí, y sin duda me he quedado dormido.

ESCENA X.

LUIS, ADOLFO, JULIA y LUISA.

JULIA. (Bajando del pabellon.) Ya queda todo dispuesto para la hora crítica. (Cada una trae un aro y los correspondientes palos para los cuatro.)

LUISA. Ahora un rato de ejercicio.

JULIA. Don Luis, tome V. estos palos y prepárese V.

LUIS. Pero, Julia, si yo no entiendo de estas cosas.

LUISA. Adolfo, toma tú estos.

JULIA. Allá vá. (Dirigiéndose á LUIS.)

LUIS. Ve V.... si yo no tengo costumbre... (No recibe el aro.)

JULIA. Ya veo que no tiene V. tino.

(ADOLFO y LUISA juegan el aro corriendo los incidentes naturales.)

LUIS. Me está enseñando unos pies que parecen contrahechos y quiere que tenga tino.

ADOLFO. Julia. (Dirigiéndole el aro.)

JULIA. Venga.

LUISA. Allá vá papá.

LUIS. Hija mia, lo hago muy mal.

JULIA. Adolfo.

ADOLFO. De esa mano.

LUIS. (Pero es posible que yo me avenga á hacer todas estas tonterias...! estaré haciendo sin duda un mal papel... si tal cosa supiera....

JULIA. ¿Ha olvidado V. que es mi pareja de baile?

LUIS. No por cierto.

JULIA. Cuidadito con lo que se hace.

LUIS. No comprendo ese interés.

JULIA. ¿Acaso V. no lo tiene?

LUIS. Sí, Julia, lo tengo, y tanto es así que necesito hablarla. (Venga lo que quiera.)

JULIA. (De que pase un rato, espéreme V. al pié de la ventana de mi pabellon.) Voy á dar una ojeada por ahí dentro y vuelvo al instante. (Se encuentra con D. ROQUE que baja las gradas.) Tio, qué remozado está V...!

ESCENA XI.

LUIS, ADOLFO, LUISA y D. ROQUE con las patillas teñidas y un ramo de flores.

LUIS. Pero D. Roque, ¿qué ha hecho V. en su cara?

ROQUE. Nada hombre, una mano de química.

ADOLFO. ¡Que mal se ha pintado V.!

LUISA. En este lado se ha teñido la carne y ha dejado un pedazo de patilla más blanco que la nieve.

(LUIS se coloca disimuladamente al pié de la ventana del pabellon de JULIA.)

ROQUE. Voy á llevar estas flores que me ha encargado mi morenita y pronto daré la vuelta.

LUIS. Estoy cometiendo una imperdonable calaverada... Mis hijos ahí y yo al pié de esta ventana haciendo el trovador... ¡A qué situacion me han traido los atractivos provocadores de esa chicuela!... Y ¿qué la digo? Porque á todo esto no sé por dónde empezar.

LUISA. Si el papá sospecha vuestra inteligencia, vá á tener un verdadero disgusto.

ADOLFO. Es verdad, pero yo no puedo dejar de amarla.

LUISA. Ya sé que Julia te corresponde, y no obra bien atendida tu posicion. Tú no has terminado tu carrera, y esto debiera tenerlo en cuenta.

ESCENA XII.

Dichos y JULIA desde la ventana.

JULIA. V. dirá.

LUIS. Deseaba hablar á V... para... no sospecha usted?...

JULIA. No.

LUIS. Julia, ¿cuántos años tiene V.?

JULIA. ¿Vá V. á formar el padron?

LUIS. Tengo la curiosidad de conocer su edad.

JULIA. Veinte años: ya está V. satisfecho. ¿Y V.?

LUIS. Yo tengo cuarenta y... tantos... ¿Le parecen á V. muchos?

ADOLFO. ¿Y quieres tú que yo no ame á mi edad?

JULIA. Ni me parecen muchos, ni V. tampoco los representa...

LUIS. Daria V. su mano á un hombre...

JULIA. Lo que es á una mujer esté V. seguro de que no.

LUISA. Vamos á cojer flores para la cabeza.

ADOLFO. Las de Julia déjame á mí elegirlas.

ESCENA XIII.

JULIA y LUIS.

LUIS. Está V. de muy buen humor.

JULIA. Comprenda V. que su pregunta no merece contestacion formal.

LUIS. No habia terminado la frase.

JULIA. Tiempo ha tenido V.

LUIS. Hablemos en sério.

JULIA. Hablemos.

LUIS. ¿Quiere V. decirme quién es aquella persona...?

JULIA. No recuerdo.

LUIS. A quien V. favorece con sus simpatías?

JULIA. Repito á V. lo que entonces le dige, que era mi secreto.

LUIS. V. convino en que residia en Pozuelo.

JULIA. No lo recuerdo, pero démoslo por convenido.

LUIS. Cuando tan fácil debe ser á V. satisfacer mi deseo, no me atormente V. con la duda.

JULIA. Tanto le interesa á V.?

LUIS. Algo más de lo que á V. se le figura.

JULIA. Lo creo natural: vea V. si le soy franca.

LUIS. Julia, calme V. mi inquietud.

JULIA. Poco á poco me voy denunciando; ya vé V. que no puedo hacer más.

LUIS. No sea V. inhumana.

JULIA. Decírselo á V. me es imposible.

LUIS. Invente V. un procedimiento por el cual yo pueda saberlo.

JULIA. Eso me parece más fácil.

LUIS. Piense V.... (JULIA medita breves instantes.)

JULIA. Yá!... Una flor colocada por mí en el ojal de una levita, determinará la persona.

LUIS. ¿En el baile de esta noche?

JULIA. En cualquiera ocasion que se presente: acaso en el baile.

LUIS. ¿Y si yo no lo veo?

JULIA. Tiene V. que verlo.

LUIS. ¿Precisamente?... No vacile V....

JULIA. Precisamente.

ESCENA XIV.

LUIS, LUISA y ADOLFO con flores en la mano.

LUISA. Pero papá, ¿dónde te habias metido?

LUIS. Me he dejado caer sobre uno de esos asientos, y creo haberme dormido.

ADOLFO. ¿En cuál de ellos, papá?

LUIS. En este de la izquierda.

ADOLFO. Yo tambien me dormí ántes en el otro.

LUIS. Parece que tienen adormideras eso dichosos asientos.

ESCENA XV.

Dichos y D. ROQUE.

ROQUE. Si yo tuviera otro modo de pensar, seria cosa de darme al diablo.

LUIS. ¿Qué le ha sucedido á V.?

ADOLFO. Cuéntenos V....

LUISA. ¿Qué ha sido?

ROQUE. Que despues de haberme embetunado la barba para complacer á una mocosa, salimos ahora con que le gusto más de la otra manera, y dice que me dá calabazas si no me presento en el baile de esta noche con las patillas de algodon en rama que tengo de cosecha propia.

ESCENA XVI.

Dichos y JULIA bajando las gradas del pabellon.

JULIA. ¡Y esto ha de ser motivo para que deje usted de acompañarnos!

ROQUE. Desisto del baile, no vengo de casta de trompos.

LUIS. ¿Pero, hombre, será posible que nos abandone V.?

LUISA. Señor D. Roque!

ROQUE. No voy al baile aunque me emplumen. (A LUIS.) Y tú ¿cómo vas de tus asuntos?

LUIS. Yo sí voy al baile.

ROQUE. Pero en regla?...

LUIS. Me parece que sí.

ROQUE. Así habrá paz, hombre.

LUIS. ¿Qué quiere V.?... Alguna vez me habian de venir á mí las cosas derechas... La hora se aproxima, y es preciso que cada cual vaya vistiéndose.

LUISA. Tienes razon: cada mochuelo á su olivo.

JULIA. Hasta luego. (LUISA y ADOLFO se dirigen á su pabellon.) Ya sabe V. que es mi primera pareja. (A LUIS, dirigiéndose despues á su pabellon.)

LUIS. Ni un instante lo he olvidado. D. Roque, me espera una gran noche.

ROQUE. Me alegro, hombre, me alegro. (Al llegar ADOLFO y JULIA á la mitad de las gradas de sus respectivos pabellones, dice ADOLFO bajando y dirigiéndose á JULIA.)

ADOLFO. Toma, chica, estas flores que he cogido para tí y que ya olvidaba. (Ambos bajan al proscenio.)

LUIS. No haga usted caso de eso y véngase al baile...

ROQUE. Tú, como ya tienes tu apañito.

LUIS. Confieso á usted que nunca me he visto tan contento. (JULIA recibe las flores y despues de hallarse ambos separados, elije una de ellas, llama á ADOLFO y se la coloca en el ojal de la levita.) Qué veo?

JULIA. No se olvide usted del rigodon. (A LUIS intencionalmente.)

LUIS. No, no me olvido.

ADOLFO. Papá, sube á vestirte si no quieres llegar tarde.

LUIS. Ya voy, no llegaré tarde... porque ya sé que he llegado... ¡Señor D. Roque, soy un desgraciado!

ESCENA ULTIMA.

LUIS y D. ROQUE.

ROQUE. Te has vuelto loco?... Qué cambio de situacion es esta?

LUIS. Su sobrina de usted acaba de darme calabazas.

ROQUE. Como no haya sido por telégrafo...!

LUIS. Por telegrafo, sí señor.

ROQUE. Pues, chico, júntalas con las mias que han sido á boca de jarro.

LUIS. No se lo dige á V.? recibí el empujon... y caí.

ROQUE. ¿Sin echarte siquiera el «quién vive?...»

LUIS. Nada!... Se convence V. ahora de que para mí no se ha hecho la felicidad?

ROQUE. Si no mudas de cristal siempre verás las cosas del mismo color. Míralas como yo, y como otros muchos, y serás más feliz. Por el caso presente puedes juzgar de los demás casos de la vida. Tú has recibido un desengaño y yo he recibido otro de la misma naturaleza; y ya ves, tú estas afectado y yo estoy tranquilo.

LUIS. Si usted conociera las causas que han mediado...?

ROQUE. El resultado ha sido el mismo: calabazas, por cualquier lado que las mires. Conque déjate de historias, y preparémonos para asistir al baile, que ahora me ha entrado á mí deseo de bailar y bailaré, aunque sea la tarantela.

LUIS. Antes, déjeme usted dirigir una pregunta á estos señores, que deben ser muy competentes en la materia. ¿No es verdad que á todos los solteros, casados y viudos, les vá, poco más ó ménos, lo mismo que á mi?

ROQUE. ¿Ves tú como no te contestan? (Despues de haber aplicado el oido al público.)

LUIS. Si estuvieran solos ya sé que lo harían afirmativamente.

ROQUE. Cada cual hablaria segun su punto de vista; segun el color del cristal con que hubiese mirado.

LUIS. Si es así, procuren ustedes apartar los ojos del cristal con que yo he mirado durante mi vida de Soltero, de Casado y de Viudo.

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Casa del Editor, Contaduría del Teatro Eslava y librería de Cuesta.

EN PROVINCIAS.

Alcoy.....	D. Francisco Boronat y Satorre.
Almería.....	Señora viuda de Cordero.
Andújar.....	D. José de las Casas de Pozo Blanco.
Barcelona.....	» Andrés Vidal y Roger.
Bilbao.....	Hijo mayor de la Viuda de Delmas.
Búrgos.....	D. Santiago Rodriguez Alonso.
Cáceres.....	» Nicolás María Gimenez.
Cádiz.....	» Manuel Morillas.
Ciudad-Real....	» Clemente Gonzalez.
Córdova.....	» Manuel García Lovera.
Coruña.....	» Canuto Berea.
Cuenca.....	» Manuel Mariana.
Granada.....	» Antonio Ruiz Morales.
Guadalajara.....	» José Antelo.
Jaen.....	» Manuel Bacas.
Jerez.....	» José Bueno.
Las Palmas.....	» José Urquía.
Leon.....	» Ricardo del Arco y Elías.
Lérida.....	» P. Moreno Gil.
Logroño.....	» Plácido Brieva.
Murcia.....	» Rafael Almazan.
Málaga.....	» Francisco Moya.
Palma de Mallorca.....	» Bartolomé Perelló.
Pamplona.....	» José Montorio.
Pontevedra.....	» Venancio Piqué.
Puerto de Santa María.....	» Ricardo Valderrama.
Rioseco.....	» Marcelo Pradano.
Sanlúcar de Barrameda.....	» Inocencio de Oria.
Santander.....	» Cipriano Osés y Mina.
Santiago.....	» Bernardo Escribano.
San Fernando...	» Jose Gay.
San Ildefonso...	» Juan Aldrete.
San Sebastian...	» Mannel Antonio Aramburu.
Santa Cruz de Tenerife.....	» Pedro Muñoz Navarro.
Segovia.....	» José Sancho Pulido.
Sevilla.....	Señores hijos de Fé.
Toledo.....	D. Juan Bueno.
Valencia.....	» Carmelo Sanchez Laviña.
Valladolid.....	» Mariano Chacel y Minguela.
Vigo.....	» Juan Padin é Iglesias.
Vitoria.....	» Bernardino Robles.
Zaragoza.....	» José Menendez.

OBRAS

CUYA PROPIEDAD PERTENECE Á LOS SEÑORES

Gimenez y Torquemada.

EN TRES ACTOS.

Soltero, casado y viudo, comedia en prosa.

EN DOS ACTOS.

El primer beso, drama en verso.
Por el Rey y contra el Rey, id.

EN UN ACTO.

Camoens, drama en verso.
Un cosechero riojano, id. id.
Un corazon de oro, id. id.
Los nervios de mi mujer, pasillo cómico, id.
Las llaves de San Pedro, juguete id. id.
El ideal de la niña, id. id. id.
Una crisis conyugal. id. id. id.
La herencia de un sobrino, id. id. id...
El leon enamorado, fábula en id.

Editor: D. BONIFACIO ESLAVA.

ARENAL. 18.